

ISBN 607477028-5



Como libre pensador y vehemente defensor de la dignidad humana, Camilo Berneri se opuso a los dictadores fascistas, al nazismo, al racismo y a la política xenófoba reinante en Europa y en el escenario político mundial de la primera mitad del siglo XX. Por tal motivo, El delirio racista muestra la demencia y la capacidad destructiva a la que pueden llegar una nación, un pueblo o un individuo, cuando han sido cegados por el anhelo de la superioridad, cuando se ven a sí mismos como si fueran dios. Cuando se establece la identidad plena entre la raza y el individuo, entre la nación y el individuo, pues si eso ocurre el uno se convierte en la otra y viceversa; en consecuencia, la raza y la nación, es decir el individuo, deviene superhombre: omnipotente, omnipresente, condenado a reinar en el orbe todo.

CUADERNOS *política y cultura*

CUADERNOS *política y cultura*

Camilo Berneri

**EL DELIRIO
RACISTA**

Prólogo
María Teresa
Farfán Cabrera



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO
División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Política y Cultura

CUADERNOS

política
y
cultura

Camilo Berneri

**EL DELIRIO
RACISTA**

Prólogo
María Teresa
Farfán Cabrera



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Rector general, José Lema Labadie
Secretario general, Javier Melgoza Valdivia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO
Rector, Cuauhtémoc V. Pérez Llanas
Secretaria, Hilda Rosario Dávila Ibáñez

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
Director, Alberto Padilla Arias
Secretario académico, Jorge Alsina Valdés y Capote
Jefe del Departamento de Política y Cultura, Joel Flores Rentería
Jefe de la Sección de Publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL DEL DEPARTAMENTO
DE POLÍTICA Y CULTURA
Gabriela Aguirre Cristiani / Elionor Bartra Muria
Víctor Breña Valle / José Javier Contreras Carvajal
Enrique Cerón Ferrer / Judith Herrera Montelongo
Graciela Yolanda Pérez Gavilán / César Arturo Velásquez Becerril

CUIDADO DE LA EDICIÓN
Bárbara Ordóñez Hernández

Primera edición: febrero de 2010

DR © 2010 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Colonia Villa Quietud, Coyoacán
04960, México, DF.

ISBN: 978-607-477-028-5

ISBN de la colección: 978-607-477-027-8

Impreso en México / Printed in Mexico

ÍNDICE

Prólogo	5
<i>María Teresa Farfán Cabrera</i>	
El delirio racista	
<i>Camilo Berneri</i>	9
Introducción	9
El mito ario	11
El pangermanismo	15
Abracadabra de la antropología hitleriana	18
¿Existe el <i>homo germanicus</i> ?	23
Las razas puras	24
¿Qué es la raza hebraica?	27
La raza	33
El tipo antropológico	38
Nación, raza y clase	41
El pleno delirio	43
El matrimonio racista	47
La esterilización hitleriana	52
Conclusiones	54

PRÓLOGO

Camilo Berneri es uno de los escritores anarquistas más lucidos y críticos del siglo pasado. Nace en Lodi, Italia, y muere asesinado, a la edad de 40 años, en mayo de 1937. Su asesinato fue perpetrado, durante la Guerra Civil Española, por un grupo estalinista italiano. A la edad de 15 años ingresa a la Federación Juvenil Socialista de regio Emilia, después de tres años de constantes contradicciones entre su ideal revolucionario y las tesis del Partido Socialista, renuncia a éste y se adhiere al anarquismo, movimiento con el que se identifica toda su vida.

Berneri fue un defensor de la libertad de pensamiento y acérrimo crítico del fascismo y el estalinismo. En un principio tomó la bandera de la Revolución Rusa y con su pluma combatió a sus enemigos, pero más tarde, al ver el rumbo que tomaba la revolución en el gobierno de Stalin, dirige sus críticas también contra él. Como libre pensador y vehemente defensor de la dignidad humana se opuso a las dictaduras fascistas, al nazismo, al racismo y a la política xenófoba reinante en Europa y en el escenario político mundial de la primera mitad del siglo xx.

Camilo Berneri, en su texto *El delirio racista*, denuncia las falacias y la irracionalidad sobre las que se erigió el nazismo; anuncia, en cierta medida, la tragedia que asolaría al mundo en la década de 1940.

El mito ario constituye el fundamento de la mística nacional-socialista; por un lado, resalta el sentimiento nacional y, por otro, confiere al pueblo una especie de nobleza congénita. Este mito es la base del nazismo y, por ello mismo, el objeto de análisis y crítica de Berneri. El mito ario retoma el ideal étnico de Gobineau, donde el dolicocefalo rubio debe imponerse y dominar en la sociedad; tendría que pasar medio siglo para que los antropólogos pudieran sostener que las medidas craneológicas no son indicio de la capacidad mental y del valor moral de los pueblos.

El trabajo de Berneri pone a la luz las investigaciones racistas, oficiales y pseudo científicas realizadas en el gobierno de Hitler, las cuales tenían por objeto educar y persuadir a los alemanes y a las futuras generaciones de que eran descendientes directos de los antiguos arios, que su superioridad racial les era legada por la grandeza de sus antepasados ilustres, generando un sentimiento de respeto y agradecimiento por cada mención a la palabra "aria o ario" inscrita en los árboles ge-

nealógicos de aquellas personas deseosas de conocer quiénes fueron sus antepasados. Árboles genealógicos que por su puesto se elaboraban e inventaban en las oficinas de gobierno nazi, a cargo de "la mujer de ancestros".

Un estudio realizado por el doctor Rosten, en apoyo a la ciencia hitleriana, sostiene la existencia de cinco razas europeas, de entre ellas destaca la raza nórdica, porque el hombre nórdico está predestinado a ser jefe; se distingue de los demás por sus características físicas y su magnanimidad, así como por su tendencia al honor y al orden; lo anterior permite construir al homo germanicus, el cual debe ser rubio, delgado, alto y viril. Berneri rescata la propaganda racista para ejemplificar el concepto de raza pura donde se afirma la unidad racial del pueblo germánico y se reconoce a la raza nórdica como la predominante en las mezclas de razas.

Con estos argumentos el nazismo niega la existencia de clases sociales y de privilegios burgueses, para afirmar la unidad nacional y de raza, al tiempo que se asigna a la raza nórdica una supremacía de casta, lo que permite el discurso hitleriano identificar al pueblo y a la raza germánicos. De esta manera se dota de una base biológica a la comunidad nacional, con el fin de generar y fortalecer el sentimiento nacionalista del pueblo alemán.

Para Berneri la literatura transforma a la realidad. En consecuencia, si en las propuestas racistas de los científicos hitlerianos se plantea cultivar un solo tipo antropológico con el fin de identificar la raza con la nación, deberían comenzar por deshacerse de todos los individuos pertenecientes a los tipos antropológicos diferentes. En Alemania, señala Berneri, semejante medida llegaría a la descalificación de la mayoría de la población, y los fundadores mismos del movimiento racial correrían la misma suerte: Hitler es moreno, Goering es obeso, Goebbels enano y Roehm era un invertido constitucional.

Las atrocidades cometidas por el régimen nazi, por los ejércitos alemanes, la Gestapo y la policía política nazi (ss) fueron justificadas con la ciencia hitleriana al establecer la procreación como parte del proyecto de nación y al instaurar en las escuelas el odio y el crimen como la base de la supremacía racial. Todo está justificado para el movimiento nacional-socialista que reclama, en nombre del honor alemán, la liberación del país de las cadenas del judaísmo. En el discurso hitleriano se escuchan las consignas: "¡Muera Judas!", "¡que la judería perezca, pues, de una vez!".

El delirio racista muestra la demencia y la capacidad destructiva a la que puede llegar una nación, un pueblo o un individuo cuando han sido cegados por el anhelo de la superioridad, cuando se ven a sí mismos como si fueran dios. Cuando establecen la identidad plena entre la raza y el individuo, entre la nación y el individuo, pues si ello ocurre el uno se convierte en la otra y viceversa; en consecuencia, la raza y la nación, es decir, el individuo, deviene superhombre: omnipotente, omnipresente; con derecho a reinar en el orbe todo.

María Teresa Farfán Cabrera
Profesora-investigadora en el
Departamento de Política y Cultura
UAM-XOCHIMILCO

EL DELIRIO RACISTA

Camilo Berneri

Introducción

Sir John Simon, ministro inglés de Relaciones Exteriores, publicó (*Times*, 4 de agosto de 1934) una carta en la que desmentía una voz que le atribuía origen hebreo, y reivindicaba su calidad de ario puro. Tres sabios ingleses (A.C. Haddon, F. Gowland Hopkins y J.B. Haldane), célebres por sus investigaciones en el campo etnológico, enviaron al *Times* una carta en la que hacían presente que “Desde hace tiempo los antropólogos reconocen que si bien está permitido hablar de lenguas arias, es ilegítimo emplear esa palabra para designar una raza de Europa occidental”. La carta concluía: “No discutimos la conveniencia del hecho que el secretario de Estado haya corregido un error sobre sus antepasados. Sin embargo, hallamos sensible el empleo erróneo de un término científico, en un sentido que ha creado tan grandes perjuicios políticos en Alemania. Protestamos contra el empleo ilegítimo de esa palabra”.

Que los tres etnólogos no se hicieran intérpretes de teorías discutibles, pero se basaran en datos de hechos adquiridos ahora por la ciencia, es una prueba, entre tantas, que el mismo Max Müller —al que se debe el uso del término “pueblos arios”— se vio constreñido a admitir frente a las duras críticas que se le opusieron, de que “un etnólogo que habla de raza aria, de sangre aria, de cabellos y ojos arios, es tan gran pecador como el lingüista que hablara de un diccionario dolicocefalo o de una gramática braquicefala”.

El fascismo, triunfo de lo irracional, ha hecho propios los mitos más descaecidos de la etnología precientífica. Uno de los teóricos del hitlerismo (admitiendo que esto pueda considerarse un cuerpo

de doctrinas), Ernest Krieck, en su libro *Educación nacional política* (p. 17) proclama la necesidad de someter la ciencia a la política nacional-socialista, o sea, declara el fin de la ciencia.

“La era de la ‘razón pura’, de la ‘ciencia por la ciencia’, de la ‘ciencia desinteresada’, ha finalizado. Toda ciencia que colabora activamente en la misión de conjunto deviene política y, así como la política, está imbuída, en sus principios como en sus realizaciones, de racismo, de nacionalismo y de nacional socialismo”.

El 11 de mayo de 1933, celebrando en Berlín el auto de fe de 20 000 volúmenes secuestrados,¹ Goebbels proclamaba: “La hora del intelectualismo ha pasado”.

Que el hitlerismo señala un gran eclipse de la inteligencia y de la cultura germánica es de toda evidencia en *El delirio racista*, verdadera y propia psicosis colectiva. El 25 de marzo de 1933 Goering, entonces ministro del Interior del Reich, declaraba a los representantes de la prensa extranjera: “El antisemitismo pertenece evidentemente al programa oficial del partido oficial socialista y la manera como ha educado a las secciones de asalto explica que hoy todo hombre de las secciones de asalto vuelve su mirada ante el profesor Einstein con un sentimiento de superioridad racial”.

La actitud más grotesca es la de los *¿doctos?* hitlerianos. El profesor de racismo H. Günther proclama como nacional-socialista: “Sólo la regeneración de la sangre nórdica, a la que los pueblos indogermánicos deben su grandeza histórica, puede impedir la derrota. No es posible un renacimiento mientras los nórdicos no vuelvan a ser numerosos y fuertes. *¡Adelante, hacia la nordificación!*”, ¡qué admirable palabra de orden! Entre tanto “teniendo por mira la raza nórdica, debe nacer la nueva noción del deber”. Pero como etnólogo se halla embarazadísimo, no sabiendo cómo conciliar *la palabra de orden* con el *hecho científico*. Se ve forzado a confesar: “La ciencia racista se halla en la triste obligación de

¹ Entre los libros quemados se hallaban obras científicas de Wassermann, Freud, etcétera.

calificar de bastardos y de ‘productos’ mezclados a la gran mayoría de los habitantes de Europa. Es lo que hace de ella una ciencia penosa, desagradable, es lo que la vuelve intolerable al mismo título que el dicho: Conócete a ti mismo. Verdaderamente penosa, desagradable hasta para los campeones del racismo”.

El fascismo alemán proclama querer “la depuración de la raza germánica” y al mismo tiempo agita el mito de la raza pura, afirmando la superioridad de la *raza ario-germánica*.

El mito ario

Mussolini ha declarado a Emili Ludwig: “Ya no existe raza pura. Cosa cómica, ninguno de los defensores de la raza pura germánica ha sido germano; Gobineau era francés; Chamberlain, inglés; Woltmann, judío”.

Si el antisemitismo volviera a introducirse en las necesidades del fascismo italiano, Mussolini, más que Maquiavelo, habría seguido a Gobineau, Chamberlain y Woltmann y hablaría, también él, de raza pura. Hitler, autodidacta y carente de sentido crítico, está en cambio convencido del mito ario. Hablando con los representantes de las organizaciones médicas de Alemania, decía el 6 de abril de 1933: “Las más grandes conquistas, en el dominio intelectual, jamás han sido realizadas por elementos extraños a la raza, sino, al contrario, por cerebros arios y alemanes”. Tan necia opinión está afirmada en varios pasajes de su libro *Mein Kampf* (478-479; 316; 322) en que protesta vehementemente contra la emancipación intelectual de los negros. Es, para él, un atentado a la razón, una locura criminal, “adiestrar un semimono hasta llegar a creer que se ha hecho de él un abogado”. El mito de las razas creadoras le sugiere estos pasajes característicos:

Todo cuanto admitamos en la tierra —ciencia y arte, técnica e invención—, todo es la fecunda producción de sólo algunos pueblos y quizá, en su origen, de una sola raza. De esos pueblos depende la existencia de toda la civilización. Si perecen, toda la belleza de esta

tierra bajará con ellos a la tumba. Sin la posibilidad de servirse de los hombres de raza inferior, los arios jamás habrían podido hacer sus primeros pasos hacia su civilización ulterior, tal como sin la ayuda de ciertos animales que el hombre ha llegado a domesticar hubiera sido posible alcanzar la técnica que hoy nos permite prescindir poco a poco de esos animales.

En octubre de 1933 la Sociedad Alemana de Filosofía celebra su congreso anual en Magdenburgo. Su presidente, el profesor Kruger, terminó su discurso con el elogio de Hitler. La asamblea cantó el "Deutschlandüber Alles" y el himno racista "Horst Wessel". Hitler había telegrafiado al congreso: "Dirijo mi saludo a la Sociedad Alemana de Filosofía. Que las fuerzas de una filosofía auténticamente alemana puedan contribuir a animar y fortificar la concepción alemana del mundo". Se podría pensar que se trata de esos "filósofos asalariados" a quienes Schopenhauer escarnecía justamente. No es así. La Sociedad Alemana de Filosofía fue fundada en 1917 con el fin de oponer "una barrera a la invasión de Alemania por parte de las ideas extranjeras y para cultivar el pensamiento en armonía con la raza".

El delirio racista no es un producto del hitlerismo; lo ha precedido y generado en gran parte. Hasta Nietzsche se hallaba disgustado por las exageraciones colosales del racismo de su tiempo; así escribía; "Cuánta mala fe, cuánta bajeza se precisa para suscitar cuestiones de raza en la tan embrollada Europa de hoy [...] No tener relaciones con nadie que tenga parte en la vergonzosa fullería que son las cuestiones de raza".

En 1854 el conde de Gobineau, en su novelesco *Ensayo de la desigualdad de las razas humanas*, sostenía la tesis de que el primado de la civilidad concierne a los arios, de quienes habrían descendido los griegos de la antigüedad y los germanos modernos. Para Gobineau todo cuanto es grande es ario, y la fusión de las razas arias con las demás razas conduce a la decadencia. Si se ríe de Goebbels que ha publicado su genealogía para demostrar que sus ascendientes eran todos de sangre aria pura, se

debe reír también de Gobineau, quien para demostrar su genio ario publicaba su propio árbol genealógico, que hacia descender, naturalmente, de los primeros vikingos escandinavos que invadieron Francia.²

Las tesis sostenidas hoy por los exponentes del hitlerismo son casi todas las sostenidas por Gobineau. Para ese novelista la raza es el elemento esencial tanto en la historia del género humano cuanto en la de cada sociedad y en la de cada individuo. Funda toda su arbitraria construcción en el axioma de una raza perfecta, la blanca, enviada a la conquista del mundo, en estado de gracia, de los altiplanos del Asia. En la jerarquía de las razas, la blanca es la aristocracia; la amarilla es la pequeña burguesía, es decir, la mediocridad; la negra es el proletariado. De las tres grandes familias de la raza elegida, camitas y semitas se corrompieron cruzándose con los negros, mientras los jaféticos se conservaron relativamente puros, salvo aquellos que en Europa se mezclaron con amarillos venidos de América por el Estrecho de Bering, como los arios que más tarde fueron los celtas, los eslavos que devinieron ibéricos o etruscos. Entre los puros, los sármatas antepasados de los germanos. Del enturbiamiento de la sangre elegida, de los muchos y complicados cruzamientos, deriva una progresiva degeneración de la humanidad. Gobineau atribuye una función deletérea al elemento semítico, enturbiado con sangre negra, en el seno de las razas puras. Tales elementos habrían corrompido a los griegos, luego Roma a su vez se corrompe helenizándose y orientalizándose. Los bárbaros, destruyendo Roma, no habrían destruido la civilización occidental; mas, al contrario, los germanos, arios relativamente puros, habrían llegado a regenerar en cuanto era posible un mundo semitizado. Pero el proceso de mezcla y, por consiguiente, de contaminación de los elementos blancos originarios no se ha detenido. "La descomposición del elemento germánico en medio de los demás

² En la "Historia de Ottar Jarl", Gobineau hace resaltar los orígenes de la propia familia de un hijo del numen escandinavo Odino.

elementos étnicos es la historia de los tiempos modernos. Su signo más evidente es el progreso de las ideas e instituciones democráticas”.

Cada sociedad consta, según Gobineau, de tres clases primitivas, representando una variedad étnica cada una; la nobleza, derivada de los vencedores, es decir, de la raza elegida; la burguesía, cruza de la nobleza con elementos inferiores; el pueblo, constituido por elementos de razas inferiores reducidos a esclavitud.

“Una sociedad es grande y brillante en proporción al tiempo que conserva en su seno el noble grupo que la ha creado”.

Según Gobineau, la democracia anula en la sociedad los valores-raza, confundiendo a nobles, burgueses y esclavos. No creía que, dadas las mezclas corruptoras, existieran aún familias puras. Sólo creía en los “hijos de rey”, quienes podían asimismo aparecer en la vida cubiertos de harapos, a los que daba el nombre árabe de *calenders*; individuos en los que las cualidades ancestrales reaparecen en todo su esplendor. Los *calenders* se reconocen a veces entre ellos, y entonces se unen para formar “pléyades” de elegidos en medio de la sociedad dividida “en tres clases; los imbéciles, los pillos y los brutos”.³

En cuanto al devenir de la humanidad, Gobineau es pesimista. La degeneración por contaminación de las razas, en los pueblos como en las familias, no se detendrá. “La raza blanca, considerada en abstracto, ha desaparecido ahora de la faz de la Tierra” y la humanidad camina hacia la era en la que “todos los hombres serán semejantes”; luego el género humano caerá en decrepitud y morirá “degradado”. Gobineau era un noble francés que, nacido en 1816, creció en un ambiente feudal en que se odiaba la revolución. Asistió con exasperación a las revoluciones de 1830, 1848 y 1871. Rechazaba en conjunto los ideales de sus contempo-

³ Las *Pléyades* es precisamente el título de la novela en la que se halla expuesta esta idea. ¡Pero qué gesta cumplen los tres jóvenes “calenders” que se han encontrado! Sus vicisitudes no son, en substancia, más que tres bellos y nobles cuentos de amor.

ráneos y vivió despreciando a la sociedad, al siglo y a la humanidad entera. En la novela *La abadía de Typhaines* está claramente determinada su mentalidad feudal.⁴

La sangre pura es un dogma tan ridículo como el del perfecto hombre originario. Concebir la capacidad de variar del género humano como causa de corrupción es índice de estrecha unilateralidad y de fanático absolutismo.

Los juicios de Gobineau sobre China son típicamente superficiales. Habla de filosofía formalista y carente de imaginación, ignorando las audaces metafísicas de Tchoang Tsen, Houai Nantzen, Pao Po-Tsen. Niega fantasía a los poetas chinos, ignorando a Kiu Yuen, Song Yu, Tchao Houen, Li Sao, Kieou K’o, Tien Wen, pero intuye los elementos favorables al comunismo que incuban en la cultura y en el alma del pueblo chino, y esta intuición aguza su hostilidad hacia la raza amarilla.

Gobineau fue un escritor original, pero hoy nadie puede considerarlo un hombre de ciencia. Fue simplemente un novelista de la etnología.

El pangermanismo

Cuando el conde de Gobineau publicó sus libros despertó poco interés en Francia. Ni siquiera su muerte, ocurrida en Italia, tuvo eco en su patria. Enseguida de su fin, la obra gobiniana, divulgada por Schmann, halló popularidad exaltada en Alemania. Ricardo Wagner y Federico Nietzsche fueron entusiastas admiradores de ella y tuvieron marcada influencia. Se constituyó una “Unión Gobineau” y se fundó en Estrasburgo un museo gobiniano. Toda una serie de aficionados antropólogos y sociólogos (Ammon y Stewart Chamberlain en Alemania; Galton, Pearson

⁴ Sobre Gobineau existen óptimos estudios. Entre los más recientes véanse L. Gigili, “Vita di Gobineau”, Milán, 1933; Faure Biguet J. N., “Gobineau”, París, 1930; Lange M., “Le comte Arth, de Gobineau”, Estrasburgo, 1924; J. Louveré, “Gobineau sinologue”, Nouvelle Revue Française, París, febrero, 1934.

y Bateson en Inglaterra; Vacher de Lappuge en Francia) se consagraron a desarrollar la tesis de la superioridad aria. Chamberlain llegó a tentar la demostración del origen ario y germano de los más grandes nombres de Europa. Woltmann llegó a ver en todos los grandes hombres del pasado arios rubios. Con qué ligereza lo prueba su libro *Los alemanes en Italia*, en el que se leen afirmaciones como la siguiente: “Todos los grandes hombres de Italia, los de la Edad Media como los del Renacimiento y de los tiempos modernos, tienen nombres alemanes: Dante Alighieri (Aigler); Boccaccio (Buchatz); Vinci (Winke); Rafael Sanzio (Sandt); Miguel Ángel Bounarotti (Bonhrodt); Garibaldi (Kerbolt)”. Basta observar que Leonardo da Vinci se llamó así porque es originario de Vinci (aldea del apenino toscano), para ver con qué seriedad construía Woltmann sus tesis.

No hay por qué extrañarse, pues, si en las escuelas de la Alemania hitleriana se enseña que Jesucristo nació de madre de ojos azules y cabellos rubios y de un soldado germano enrolado en el ejército romano.

El ministro prusiano de Instrucción Pública y Culto declaró en su llamado a las masas protestantes (18 de julio de 1933) que la aparición de Jesucristo representaba: “un retorno de la influencia del Norte”. No es extraño que un diario hitleriano (*Voelkischer Beobachter*, 14 de marzo de 1933) declare: “*La Marsellesa* es un antiguo coral alemán, cuya música se debe a un compositor wurtenburgués”, cuando un profesor —cierto Zinner— publica una *Historia de la astronomía* (de 674 páginas) en la que la obra de los astrónomos franceses, ingleses, americanos, italianos, está resumida con el título *Die Sternkunde der Germanen* (*La astronomía alemana*). Y hay algo peor. El arquitecto Hermann Wille, en una reunión de la Sociedad para el estudio de la prehistoria germánica, sostuvo la tesis de que los monumentos de piedra que se conservan hasta hoy de las tumbas prehistóricas, no son en realidad sino las formas más antiguas de los templos germánicos. El templo de Delos revelaría la influencia germánica

y algunos templos germanos se remontarían a la Edad de Bronce.

El ministro de Instrucción Pública de Prusia no se contenta con la Edad de Bronce y se remonta a la época glacial, escribiendo en una circular:

Por la época glacial en Europa Central deberán comenzar los manuales de historia que se hallan en manos de los pequeños prusianos, pues la prehistoria es una ciencia eminentemente nacional y combatirá los prejuicios que comúnmente se tienen sobre el nivel inferior de la cultura de los germanos, nuestros antepasados.

El hombre de *Neanderthal*, de *Aurignac*, de *Cromagnon*, deberá servir de ejemplo para demostrar que infinitas razas han tenido civilizaciones originales.

En breves trazos los maestros deberán mostrar cómo la raza nórdica y la raza fálica (palabra nueva de los racistas alemanes para designar la raza dalicarniana de ciertos etnólogos) se han esparcido por el Norte y el Centro de Europa.

Los hindúes, los medas, los persas y los hititas son nórdicos originalmente. Asimismo, debe hacerse partir la historia griega del Centro de Europa; en efecto, los conquistadores helenos eran nórdicos, y ellos fueron quienes formaron la casta de los amos en el país.

Y el ministro concluía:

La democracia (sic) ha provocado la mezcla de las razas. La despoblación ha sido la ruina de la raza nórdica en Grecia. Asimismo, en Italia la lucha de patricios y plebeyos ha sido una lucha de razas; la gran mayoría de la población de Italia se componía de descendientes de esclavos orientales.

La migración de los pueblos germánicos (invasiones bárbaras) ha infundido sangre germánica fresca (sic) en la macedonia de razas del bajo imperio degenerado. De ahí se desprendió la nueva floración de cultura de la Edad Media, pues ésta no se desarrolló sino en los países donde se establecieron definitivamente las tribus germánicas: en Italia del Norte (excepto la del Sud), en España, Francia e Inglaterra.

Como se ve por esta circular, la cultura hitleriana se atiene a las fantasías de Gobineau.

Abracadabra de la antropología hitleriana

El ideal étnico es, según Gobineau, el dolicocefalo rubio. Este ideal no es sino una de las tantas manifestaciones del romanticismo antropológico. Todos los antropólogos están ahora concordes en sostener que las medidas craneológicas no son índice de la capacidad mental y del valor moral de los pueblos ni de los individuos. La dolicocefalia, tan exaltada por los pangermanistas, es frecuente entre los esquimales y los hotentotes, pueblos muy primitivos y mongoloides, y muchos pensadores geniales (Laplace, Kant, Voltaire, etcétera) eran braquicéfalos. Netamente braquicéfalos han sido figuras representativas de Alemania: Lutero, Beethoven, Bismarck, etcétera.

Todas las publicaciones oficiales alemanas de vulgarización etnológica están absolutamente desprovistas de valor científico. Responden únicamente a un intento demagógico y educativo (en sentido nacionalista) típicamente expresado en este pasaje del *Morgenpost*, de Berlín: "Así como Goethe descende de los emperadores y reyes alemanes, también las venas de más de un modesto artesano o campesino deben contener sangre de príncipe. Las investigaciones tendrán por fin que persuadir a los niños, nietos y bisnietos que, descendientes de antepasados ilustres, deberán mostrarse dignos de ellos con una existencia gloriosa".

El mito ario entra perfectamente en el cuadro de la mística nacional-socialista. Por un lado, exalta el sentido nacional, por otro, halaga al pueblo confiriéndole una especie de nobleza congénita. El hitlerismo procede a una colectivización de la sangre azul; de ahí la razón principal de la popularidad que está adquiriendo esta colosal trampa. Ciertamente, hay verdad en este cuadrado de un oficio de investigaciones genealógicas trazado por el *Voelkischer Beobachter*, de Munich, en agosto de 1934:

La "mujer de ancestros" de Munich no es de ninguna manera —como uno se sentiría tentado a creer— una vieja pedante, sino una linda y joven mujer, encargada de buscar los ascendientes de quienes, por

razones diversas, tienen necesidad de poseer datos exactos sobre sus antepasados.

Las oficinas de investigaciones genealógicas son requeridas cada vez más por los habitantes, quienes experimentan una alegría infantil en conocer los nombres, profesiones y otros detalles sobre antepasados de los que hasta ahora no se cuidaban en absoluto a decir verdad. Es un mérito del gobierno nacional-socialista tener, por el párrafo ario, despierto en nuestros compatriotas ese sentimiento nuevo y retrospectivo de la familia, y a menudo es dable asistir a escenas verdaderamente emocionantes en esas oficinas, como, por ejemplo, la que me fue dado participar recientemente:

Me encontraba en el escritorio de la "mujer de ancestros" de la oficina de investigaciones genealógicas de Munich. Después de varias personas que habían ido para informarse, se hizo entrar a un joven que iba a casarse y tenía necesidad de establecer la lista de sus ascendientes. Una quincena antes había hecho su pedido y ahora la "mujer de ancestros" se puso a leer la lista de sus abuelos. Después de cada nombre, apellido, fechas de nacimiento y de deceso, etcétera, volvía sin cesar la mención "ario". Observé al joven y vi que su cara, hasta entonces pálida e inquieta, se volvía cada vez más radiante. Él murmuraba: "Mi abuela, aria; mi abuelo, ario; mi bisabuelo, ario...".

Bruscamente se adelantó hacia la joven que le devolvía sus antepasados y, en un impulso de alegría delirante, gritó: "¡Gracias, gracias! ¡Oh, qué alegría saberse con tantos antepasados de sangre pura!".

Cuando salió, la "mujer de ancestros" me dijo simplemente, con una lágrima en los ojos: "¡Esas son mis mejores recompensas!".

Un alemán cien por ciento se mirará al espejo luego de haber leído en las publicaciones oficiales estos principios de la ciencia hitleriana: "En los no-nórdicos, las raíces de los dientes están más inclinadas, como en los animales, lo que corresponde a la protuberancia animal del maxilar superior". Y se sentirá tentado a hacer uso del lápiz de su mujer, reflexionando sobre este otro principio: "Lo mismo que el color rojo tiene un efecto excitante, la boca roja-claro del hombre nórdico atrae, en cuanto reclama el beso, tocante a los juegos del amor".

Comiendo, vigilará el trabajo de las mandíbulas, pondrá la boca como un corazón o tratará de hacerla como filo de cuchillo, ya que de otro modo pasará por dinámico u oriental báltico, si no por hebreo. En efecto, las publicaciones oficiales advierten:

La masticación del nórdico, que tiende a aplastar y triturar el alimento, se hace con la boca cerrada. Al contrario, en los no-nórdicos la masticación vertical tiende, como en los animales, a ser ruidosa.

En los no-nórdicos la boca ancha, de labios abultados, es signo de concupiscencia. Absorbe ruidosa y glotonamente, ávida de sensaciones. Se la ve gesticular hipócritamente, feliz de poder ser molesta.

Y ya no tendrá temor de enrojecer, antes querrá volverse rojo como un pimiento o al menos como una púdica niña, ya que: “El pudor verdaderamente caracterizado no existe sino en los nórdicos, que por lo demás nombran ‘pudor’ a las partes sexuales. Por otra parte, el hombre de piel oscura no puede enrojecer púdicamente sino muy difícilmente”.

Si sus dientes son bien verticales, si su boca es colorada, etcétera, estará bien satisfecho, pues pensará ser un hombre perfecto y no un medio mono. La antropología hitleriana enseña: “El no-nórdico es intermediario entre el hombre nórdico y los animales, desde luego los monos antropomorfos. Por ello no es un hombre perfecto, ni es de ningún modo hombre por oposición al animal; sólo es una transición, una etapa intermedia. La denominación ‘sin hombre’ es mucho más justa y especialmente indicada”.

El cuadro de las razas⁵ debe considerarse en distintas familias alemanas. Y debe ser diligentemente estudiado el A, B, C del nacional-socialismo del doctor Rosten, que hace la siguiente exposición de las diversas razas europeas:

⁵ He aquí un “cuadro de las razas” hitleriano:

RAZA	TALLA	FORMA DEL CRÁNEO	FORMA DE LA CARA	FORMA DE LA NARIZ	COLOR DE LA PIEL	COLOR DE CABELLOS	COLOR DE OJOS
Nórdica	Grande, delgado media 1m 75	Largo angosto	Larga, oval y angosta	Angosta el nacimiento muy alto	Rosa, blanca suave	Claros, rubios sedosos	Azules o grises
Westfaliana	Grande, robusta media 1m 75	Grande ancho	Ancha angulosa	Larga, ancha punta ancha	Blanca ruda	Claros rubios	Azules o grises
Alpina	Pequeño, rechoncho media 1m 63	Pequeño corto redondo	Ancha, redonda frente baja	Corta, ancha obtusa	Amarilla pardo	Pardos y duros	Pardos
Dinámica	Grande, delgado media 1m 70	Corto y angosto	Larga, angosta rasgos duros	Grande, saliente aquilina	Morena	Pardo oscuro	Pardo oscuro
Mediterránea	Pequeño, esbelto media 1m 61	Pequeño alargado angosto	Larga, oval angosta	Angosta nacimiento muy alto	Morena	Pardo oscuro	Pardo o negros

Hay cinco razas principales en Europa:

La raza dirigente es la *raza nórdica*. Sus características son las siguientes: El hombre nórdico es grande, delgado, tiene las piernas largas. La raza nórdica se distingue por la cabeza alargada, la cara angosta, el cuello largo, la nariz angosta, los labios delgados y el mentón acentuado. La piel es clara y rosada, la sangre está a flor de piel; los cabellos son lisos en la infancia, pero a veces se encrespan; su color va del rubio claro al rubio dorado u oscuro tirando a bermejo. El color del iris varía entre el azul y el gris. El hombre nórdico se distingue por su audacia, su rectitud, su coraje, su sinceridad, su magnanimidad y su amor al orden. Está predestinado a ser jefe.

La raza occidental: el hombre occidental es de talla pequeña; 1.60 m término medio. La forma de la cabeza recuerda la de la raza nórdica, pero la frente es sensiblemente más pequeña, la nariz más corta y menos puntiaguda, el mentón menos acentuado, el perfil más suave y la piel un poco más morena. El color de los cabellos varía entre el castaño y el negro; el iris entre el pardo y el negro. La raza occidental no tiene sino pocos representantes en Alemania. El hombre occidental se distingue por su pasión fácil de desencadenar, su curiosidad, su astucia; obra siempre por cálculo y es afectado en el hablar. Se hace notar por su orgullo, su falta de principios, la ausencia del sentido del orden y la tendencia a la crueldad.

La raza dinámica: el hombre dinámico es de talla mediana. La cabeza y la cara son redondas, el corte transversal de la cabeza corresponde a un óvalo. La frente es ancha, la nariz larga y curvada del tipo aguileño, el mentón acentuado y puntiagudo, las orejas son casi siempre grandes y carnosas; los cabellos rizados castaños o negros, la piel morena, el iris casi negro. Por su estado de alma la raza dinámica tiene bastante semejanza con la raza nórdica. Sus cualidades dominantes son la fuerza, la rectitud, la audacia, la honestidad, el amor a la patria, la confianza en sí. Esta raza ha provisto muchos grandes hombres.

La raza oriental: es de talla pequeña, 1.63 m, las piernas son cortas; las manos y caderas carnudas, como si estuvieran acolchonadas; la cabeza es redonda y se halla sobre un cuello muy corto; la cara, obtusa; el mentón es ancho y redondo; los ojos, un poco apretados. El hombre oriental da siempre la impresión de ser sucio y descuidado. Su piel es amarilla y muerta, sus cabellos tupidos y enmarañados. Así como su exterior está lejos de la belleza del hombre nórdico, sus cualidades morales están lejos del bienestar y del orden de aquél. El hombre oriental tiene espíritu estrecho sin vuelos de fantasía, es incapaz de grandes pensamientos.

No gusta del riesgo; tanto puede ser monárquico como republicano; lo principal es, para él, la seguridad de su portamonedas. El oriental se distingue por su menosprecio y su odio hacia la raza nórdica. Los matrimonios mixtos entre nórdicos y orientales siempre son desdichados. Pese a la discordia eterna, el matrimonio en que hombre y mujer son orientales es algunas veces soportable. En Alemania la raza oriental está numerosamente representada en Alta Silesia, en Saxe y en el sudoeste del país. Y como en esos hombres no está desarrollado el amor a la tierra, la dejan fácilmente, entre ellos se reclutan los trabajadores industriales.

La raza oriental-báltica: en Alemania oriental se halla a menudo una raza que, por el color de sus cabellos, la forma de su cabeza y por lo ojos, se podría tomar por la raza nórdica. En realidad, nada tiene de común con ella. El hombre oriental-báltico se caracteriza por su esqueleto robusto y la anchura de sus hombros; su cabeza es ancha, huesosa, con acentuación de la parte inferior; el perfil es obtuso; la nariz, corta y respingada. Dan impresión de hallarse mutilados a causa de sus anchas fosas nasales que hacen su rostro más obtuso aún. Los cabellos son claros, y van del rubio ceniza al dorado; la piel es gris y los ojos color de agua. Las características del alma báltico-oriental han sido dadas por el doctor Dieter Gerhardt de la manera siguiente: la raza oriental-báltica no es lista, es necia, estrecha y desordenada; es trabajadora, inaccesible, fuerte, pero precisa de una dirección fuerte y severa. Tras un exterior calmo se oculta un espíritu eternamente descontento, una alta opinión de sí mismo y una débil voluntad. Estas características, con la tendencia a la crueldad y a la brutalidad, hacen de los hombres bálticos-orientales defensores ardientes del bolchevismo.

El profesor Gunther escribe:

... el elemento báltico-oriental en el seno del pueblo alemán es a menudo origen de proyectos necios, de ideas confusas en todos los dominios de la vida. Está fuera de duda que este elemento vicia la sangre de la raza germánica. El hombre oriental-báltico es inmoral; le faltan todos los impulsos de orden moral.

El instinto sexual se presenta en él en formas repugnantes: la perversión y la comunidad de las mujeres. El bolchevismo intenta introducir esas formas en el mundo entero.

La raza oriental se vuelve igualmente hacia el comunismo, lo que se expresa en numerosos crímenes contra la propiedad que caracterizan a esta raza. Así es como los checos son conocidos

como ladrones en el mundo entero. En Alemania oriental misma, donde el elemento báltico-oriental está bastante apreciablemente representado, se roba mucho. Esta raza está formada sobre todo de pueblos eslavos; no constituye una raza homogénea propiamente dicha, sino mezcla de diferentes razas inferiores.

¿Existe el *homo germanicus*?

La misma literatura de propaganda racista admite, como hemos visto, la heterogeneidad étnica de la población alemana. Un diario hitleriano (*Koralle*, 31 de agosto de 1933) decía: “El concepto de la raza es de la mayor importancia para nuestro pueblo. Los agentes de nuestra cultura deben reclutarse entre individuos de una mezcla racial determinada”. La raza dirigente debería, pues, ser la nórdica o a lo sumo la occidental. Ahora que, mientras el *homo germanicus* debe ser rubio, delgado, alto y viril, Hitler es moreno, Goering es obeso, Goebbels enano y Roehm un invertido constitucional. Los caracteres antropológicos que prevalecen en los exponentes del hitlerismo son dináricos, orientales, báltico-orientales, pero nunca nórdicos. No se trata de un caso. El *homo germanicus* no prevalece en Alemania. Una encuesta verificada en las escuelas alemanas dio los siguientes resultados:

31.8% rubios puros, de ojos azules o grises,
14.1% morenos, de cabellos y ojos oscuros,
54.1% tipos mixtos.

En la más pura raza frisona se cuenta con 18% de dolicocefalos, 38% de medos, y 49% de braquicefalos.

El tipo nórdico se halla esparcido en toda Europa y no constituye en Alemania una base posible para la purificación de la raza.

El abate Boleslaw Rosinski, profesor de la Universidad de la Lwow, decía en un artículo sobre el problema de las razas desde el punto de vista antropológico (*Gazeta Polska*, Varsovia, agosto de 1933):

El tipo nórdico aparece tanto entre los ingleses como entre los escandinavos y noruegos. Está igualmente representado en Polonia y Alemania. Todas las nacionalidades que habitan en Europa Central son del tipo ya armenoide, ya laponoide, o bien de los diversos tipos secundarios. A esta categoría de países pertenecen Francia central, Suiza, Alemania del sud, la Pequeña Polonia, etcétera.

Cada nación está sujeta, en el curso de los siglos, a la evolución antropológica. Las relaciones proporcionales entre los diversos elementos pueden hallarse modificadas —por ejemplo— en el seno del pueblo. Esta evolución es obra de los factores hereditarios y de la selección natural. Dado que los elementos laponoide y armenoide prevalecen sobre el elemento nórdico en el cruzamiento, donde esos tipos antropológicos se encuentran, el elemento nórdico tiende a ser suplantado por los demás. Los alemanes de las regiones centrales son, entre otros, quienes sufren esta evolución. Por consiguiente, si un pueblo cualquiera se propusiera cultivar, en el marco de sus fronteras, un solo tipo antropológico a fin de identificar la raza con la nación, debería comenzar por deshacerse de todos los individuos pertenecientes a los tipos antropológicos diferentes, a despecho de los sentimientos patrióticos que pudieran animarles y de una genealogía que les hacen pertenecer a la patria desde muchas generaciones. Todos los demás procedimientos jamás llegan a purificar la raza en el sentido antropológico de la palabra. En Alemania semejante medida llegará además a la descalificación de la mayoría de la población. El mismo fundador del movimiento racial no pasaría por el tamiz.

Las razas puras

No sólo el *homo germanicus* puro es un personaje mítico; también lo es el *homo europeus*. Deniker (*Les races et les peuples de la terre*, París, 1900), queriendo tentar un mapa que representara la repartición aproximada de las razas de Europa, debió dejar en blanco casi toda Rusia, la península balcánica, Alemania septentrional, etcétera.

La raza anglosajona tendría como vivero la Gran Bretaña, en la que las mezclas étnicas son grandísimas, y los Estados Unidos de Norte América, que son un mosaico étnico. Dentro de la denominación de raza eslava están comprendidos los pueblos más diversos: las numerosas y varias poblaciones de Rusia, los polacos, los eslovenos, los croatas, los rutenos.

Los racistas húngaros sostienen la existencia y la pureza de la raza magiar, a pesar de que los magiares, instalados en Hungría en el siglo IX, se hayan mezclado con los dacios, los basternas, los getas, los ilirios, los penonios, los sarmatas, los yasigas, los vándalos, los bulgaros, los alanos, los havarés, los hunos, los suecos, los cuados, los marcomanos, los gépidos, los longobardos y los godos. Y todos estos pueblos estaban bien lejos de ser razas puras.

La mezcla de las razas ha hecho desaparecer la raza aria hasta en la India. Creo interesante reproducir aquí un pasaje de un artículo del escritor hindú Acharya, sobre cuestiones de razas (*L'en dehors, Paris-Orleans*, mediados de septiembre de 1933):

Hasta en la India, donde la pureza de la sangre constituía la base de la casta, de manera que nadie podía comer y casarse fuera de la casta, y especialmente entre los bramanes, se enseña a los niños desde hace miles de años a recordar el nombre de los compositores de los Vedas, cuya sangre corre en sus venas, no es posible que la sangre sea puramente aria, de manera que no hay certidumbre de pureza de raza.

Naturalmente, se enseña a los bramanes a creer y proclamar que son arios puros porque descienden de los escritores védicos y, por consiguiente, poseen algunas gotas de sangre aria. Pese a la rigidez de reglas de las castas hasta en lo que concierne a la nutrición, cuyas reglas se observan hasta estos últimos tiempos, cada población y cada familia presenta una variedad de tipos que va del mongol al semita y del mestizo europeo hasta al negroide. Si es difícil, pues, que las razas se conserven puras en la India, donde el casamiento fuera de la casta ha sido estrictamente impedido, ¿qué será de los germanos “puros”, los latinos “puros”, los eslavos “puros” de Europa, donde el casamiento es desde hace tiempo un asunto privado, individual, y la castidad sexual femenina no ha podido ser aplicada rigurosamente? En la misma India no ha podido ser observada. ¿Cuántos niños son fruto de un adulterio en el matrimonio?

Provieniendo yo mismo de una de las castas bramanas más ortodoxas —hasta mi desembarque en Europa— quizá pudiera proclamar que soy el ario más puro que vive actualmente. Nadie de nuestra casta podía comer o contraer matrimonio ni aun con otros bramanes en toda la India. Otros bramanes podían comer con nosotros, pero ninguno de nosotros en casa de ellos. El casamiento fuera de nuestro medio era, pues, imposible, ya para los varones, ya para las mujeres. Si alguien se casaba fuera de nuestra casta especial, él o

ella quedaban automáticamente excluidos como si hubieran salido voluntariamente de la casta. No había ninguna esperanza de volver a ella ni de ser reintegrado más tarde, sobre todo para una niña o la mujer desposada por un miembro de la casta.

Aún en el norte de la India, donde la sangre aria se halla más esparcida, es imposible encontrar un ario puro, ni aun entre los bramanes, pues los inmigrantes o invasores arios se mezclaron con la población india primitiva. Los hindúes del norte nunca fueron tan estrictos como los del sud en cuanto concierne a la nutrición y el casamiento en otra casta. A pesar del hecho de que mi casta conservaba su sangre bramana y aria pura, ha tenido contacto con otros bramanes, ¿qué porcentaje de sangre aria corre realmente por mis venas?

Es cierto que, de una manera u otra, el primer antepasado de mi casta se casó entre los aborígenes de la India del sud (cuando no debió ser, sino entre sus sacerdotes), y sin embargo llamó “arios” a sus hijos porque tenían sangre aria mientras otros carecían de ella. Pero eso no hace de un bramán un ario puro, cualquiera sea la cantidad de sangre aria que pueda conservar. ¿Hubo nunca una ley impuesta a los europeos para que la sangre mezclada deje de serlo más aún? De ninguna manera. Sin embargo, hablan de la pureza de la sangre latina, de la sangre germana, de la sangre eslava, porque imaginan que debe ser y que es. No puede ser sino menos pura en Europa que en las Indias, porque ninguna ley ha sido aplicada sobre el casamiento para conservar pura la progenitura.

En Europa son precisamente las grandes personalidades las que esquivan el atributo de “pureza” étnica. En la aristocracia y en la burguesía de todos los tiempos las mezclas han sido siempre frecuentes y estas clases son las que han dado el mayor número de pensadores y artistas considerados como exponentes típicos del “alma nacional”. No me es posible extenderme sobre el argumento, que exigiría un tratamiento vastísimo, pero creo útil citar algunos ejemplos ya que, aun entre nosotros, ajenos a las infatuaciones racistas, es frecuente el uso de expresiones como “espíritu latino”, “alma eslava”, etcétera, para caracterizar ciertos aspectos de la cultura de uno u otro pueblo.

El emperador Justiniano, considerado el sistematizador del derecho romano y erigido como símbolo máximo de la grandeza de Roma, era hijo de una aldeana eslava. Montaigne, de cuyo “espí-

ritu francés” son muchos quienes han escrito, era hijo de una hebraea. El alma eslava con la que los críticos explican casi todos los aspectos de la literatura rusa es un mito si se entiende como un complejo de actitudes ligadas con los caracteres étnicos. El abuelo materno de Puchkin, el gran poeta ruso, era hijo de un abisinio y una alemana, y entre sus ascendientes paternos había un prusiano que se casó con una italiana. El poeta ruso Vassili Jukoysky era hijo de una turca, y de descendencia tártara era el poeta ruso Ogariov. El poeta ruso Delwig pertenecía a una familia alemana y el poeta ruso príncipe de Kantemir era hijo de una griega. El poeta ruso Fete descendía de una alemana. Mikail Lermontov era de origen escocés y Herzen era hijo de una alemana.

Muchos escritores actuales presentan un nudo étnico en su descendencia, que hace recordar el del escritor socialista francés Paul Lafargue, cuya abuela paterna era una mulata de la isla de Santo Domingo, mientras el abuelo materno era hebreo y la abuela materna era una indiana caribe, es decir, una supérstite de la población aborígen de las Antillas.

¿Qué es la raza hebraica?

La superstición de la raza comprendida como unidad étnica homogénea, mientras impulsó el estúpido orgullo ario indujo al mismo tiempo al antisemitismo racista, cuya primera expresión sistemática se presenta en el libro de Dhüring *La cuestión hebrea* considerada como el efecto del carácter de raza. Después de este libro, confutado por Marx, muchos otros autores han sostenido que los hebreos son una raza y que esta raza es inferior.

La gran variedad antropológica de los hebreos es la mejor prueba de la inexistencia de la raza hebraica.⁶ Los hebreos del África septentrional, de Italia, de la península ibérica y del me-

⁶ Sobre la inexistencia de la raza hebraica existe una vastísima literatura. Me limito a señalar, por las indicaciones que contiene la tesis de A. Puvion, “La pathologie des Juifs est due non a la race mais aux moeurs”, París, 1930.

diodía de Francia son dolicocefalos (Pruner-Bey, Lombroso, etcétera), mientras los polacos, rusos y alemanes son braquicefalos (Kopernicki, Mayer, etcétera). Hay hebreos negros como los daggatum (tribu viviente de los confines del Sahara), los falashas de Abisinia⁷ y los hebreos negros de las Indias. Los hay de tipo rubio (en Bohemia y Alemania), de tipo australiano, mongoloide (en China y en el Cáucaso). Hay, asimismo, hebreos de alta estatura (Rusia meridional) y de baja estatura (Galitzia y Polonia).

Se han efectuado numerosas investigaciones sobre la gran diversidad étnica de los hebreos, algunas de ellas de gran valor científico, y no es necesario citar textos. Nos limitaremos a alguna observación. El mayor número de hebreos reside en Rusia y Polonia, y ya que en los primeros siglos del cristianismo muchos eslavos se convirtieron al judaísmo bajo la influencia de los refugiados, es legítimo pensar que los hebreos actuales de Besarabia, de Ucrania y de Polonia son en su mayoría eslavos y tártaros. Recuérdese a propósito de esto que un pueblo entero, originario de Sarmacia y establecido entre el Mar Caspio y el Mar Negro, los khazares, se había convertido casi enteramente al judaísmo hacia 763,⁸ los khazares fueron sometidos a los hunos en el siglo IV después de Cristo, luego a los hávares y a los turcos. En el siglo VII infligieron derrota a Persia y se aliaron al Imperio bizantino. En la primera mitad del siglo VIII tuvieron su capital, Semender, ocupada por los árabes y se adelantaron a la Mesopotamia. Estas alternativas conducen a pensar que hubo una mezcla mongólica (semita) griega (mediterránea). Según otros autores los hebreos askenazis serían verosíblemente de pura sangre israelita.

Los antiguos hebreos no presentan ninguna unidad étnica y toda la historia hebrea es una continua sucesión de mezclas. En

⁷ Entre los falashas de Abisinia hay algunos enteramente negros y otros casi blancos; es lo mismo que en los abisinios. El tipo semita es excepcional entre los primeros como entre los segundos.

⁸ En junio de 1933 el profesor F. Dvornik publicaba en la *Prager Presse* un notable estudio sobre el imperio khazar-hebreo.

tiempo de Herodes el pueblo hebreo era una mezcla de idumeos, egipcios, fenicios, sirios y griegos. Había una ciudad llamada Escctopolis, denominación griega que recuerda a los escitas que habían invadido la Palestina bajo el reinado de Josías (639-608 a.C.). Pella, Gadara, Hipos Gamala, Gerasa (al este del Jordán) eran ciudades grecorromanas. José Flavio (De Bello jud., lib. VII, cap. III, párrafo 3) dice que muchos griegos pasaron al judaísmo en Antioquia.

Eliseo Réclus dice en *El Hombre y la Tierra* que los arios de Armenia, fuertemente judaizados pero que se conservaron arios, en Bizancio y en todas las demás ciudades adonde conducían su vida errante eran considerados como pertenecientes a la raza hebraica; lo que demuestra que físicamente armenios y hebreos se asemejan. No es cosa de asombrar ya que los conquistadores asirios repartieron sus prisioneros hebreos por centenares de millares en los altos valles del Tigris y del Eufrates, en las montañas de Armenia y del Cáucaso. Los semitas hebreos se hallaron así puestos en contacto con los arios de Armenia. Hasta hubo hebreos que llegaron a ser monarcas de toda la región del Haiasdan, inclusive la Georgia. El elemento ario puro ha entrado, pues, en los cambios étnicos de los hebreos en varios modos; a través de la influencia armenia y de la griega especialmente.

En tanto Streicher, organizador oficial del boicot a los hebreos en Alemania, en una entrevista con Dagens Nyheder de Copenhague ha reconocido que los hebreos no son una raza, en la prensa hitleriana⁹ se lee con frecuencia la afirmación de que el pueblo hebreo es una mezcla de razas, los nacional-socialistas alemanes explotan en la propaganda antisemita todos los viejos clisés: el hebreo es avaro, el judío es sensual, etcétera; conservando y difundiendo la superstición de que los defectos verda-

⁹ "Koralle" (31 de agosto de 1933): como todos los demás pueblos, el pueblo judío representa también una mezcla de razas, pero está compuesto de razas no-europeas y por tanto es más fácil de distinguir de la población en medio de la cual vive. "Una pequeña parte del pueblo judío pertenece principalmente a la raza oriental. Pero la gran mayoría es una mezcla de razas del próximo-Oriente, ajenas a las razas que componen nuestro pueblo".

deros e imaginarios de los hebreos son un producto de la sangre semita. La “nariz judía es explotada por todos los caricaturistas, mientras resulta de una encuesta alemana que del 13 al 14% de los hebreos tienen nariz aquilina, mientras todos los demás tienen ‘nariz griega’. El párrafo 4 del Programa nacional-socialista declara que los hebreos no pueden ser ‘compañeros de sangre’ de los alemanes, cuando todos los análisis comparados de la sangre demuestran que no existe ‘sangre hebraica’, ni sangre ‘germánica’, ni otra sangre nacional”.

El antisemitismo tiene necesidad de generalizar, considerar y representar al hebreo como un tipo humano fijo, reconocible a golpe de vista¹⁰ o mediante el olfato, como aconseja el profesor Fischberg.

Puede parecer una paradoja negar la existencia de la raza hebrea mientras existen los hebreos. Ya decía Schopenhauer que “la patria de los hebreos son los demás hebreos” y Renán, desembarazado de los mitos racistas, llegaba a oponer la tradición hebrea a la raza hebrea, Eliseo Réclus observaba justamente que los hebreos constituyen una nación “pues tienen conciencia de un pasado colectivo de alegrías y sufrimientos, el sedimento de tradiciones idénticas como la creencia más o menos ilusoria en un mismo parentesco”. Bernard Lazare expone este mismo concepto, compartido por todos los más serios estudios del problema hebraico.

H. Neuville, ilustrando en una conferencia¹¹ la oposición actual del problema biológico de las razas, establecía con profunda competencia y clara agudeza la cuestión hebrea:

La determinación física de la raza judía parece imposible. Lo que quizás la designa más claramente a la atención es, en cada grupo considerado, ciertas actitudes, ciertos gestos y, profundizando las

¹⁰ En un discurso Frick, entonces ministro del Interior del Reich, decía: “El estudio de las razas deberá ser cultivado en todos los grados de la enseñanza con el fin de ejercitar el golpe de vista de los niños en la distinción de las razas” (*Voelkisher Beobachter*, 10 de mayo de 1933).

¹¹ Reproducida por la revista *Plus Loin*, París, junio de 1933.

cosas, un espíritu, que aíslan a esa gente físicamente tanto como lo están socialmente. Tocamos así un punto generalmente muy descuidado de los análisis raciales. Éstos versan esencialmente, y muy a menudo de manera exclusiva, sobre caracteres físicos considerados como transmitidos hereditariamente al seno de la raza y que le aseguran su continuidad a través del tiempo y de los cruzamientos. Cuanto más andamos en la búsqueda de esta continuidad más se comprueba que es engañosa. Los cruzamientos incesantes de las razas civilizadas las remueve desde hace tiempo en mezclas de las que surgen de pronto rasgos de los más diferentes tipos antiguos. En las razas que se han conservado primitivas la mezcla, mucho menos compleja, ya lo es sin embargo en un grado suficiente para hacer más o menos difícil el establecimiento de un signo racial que tenga algún real valor general. El hecho es que en el estado actual, más aun que por una persistencia, una fijeza de caracteres físicos, los grupos étnicos se distinguen unos de otros por caracteres de orden intelectual, hasta el punto que se ha podido proponer para definir en adelante la raza: un conjunto de personas que tienen una mentalidad común y gestos comunes.

Los judíos no han escapado a esta regla, que es quizá particularmente acentuada en algunos de sus agrupamientos. Vemos en ellos factores que no están limitados a su caso, pero que se presentan desde tiempo atrás con fuerza típica. Los cristianos tuvieron primero mentalidad de esclavos; luego, de perseguidos; ya vueltos poderosos, adquirieron, al menos en la persona de sus jefes, mentalidad de persecutores que ejercieron en los judíos israelitas luego de haberlo hecho con los árabes musulmanes, y antes de hacerlo con los indios, los negros y los tasmanianos y, entretanto, con los albigenses y bastantes otros. Esta mentalidad fue desarrollándose mientras que, por un inevitable contragolpe, los judíos asumían de más en más mentalidad de perseguidos. Unos y otros adquirirían así caracteres nuevos que no eran esencialmente originales, raciales, tanto en éstos como en aquéllos. Semejantes adquisiciones nos presentan hechos cuyo alcance sería pueril desconocer.

Nuestros actos nos siguen, ha dicho un novelista cuya moral retrógrada se basa en esta ocasión sobre algunas realidades bio-

lógicas; ésta —pues creo que es una— tiene algo animador, ya que reconoce a cada uno la posibilidad de ser por una parcela dueño de su destino hasta, hereditariamente, del de su progenitura. Los cristianos se volvieron en cierto modo persecutores natos; seleccionados como tales por la herencia y la influencia del medio, sus actos les seguían. Pero no son sólo nuestros actos los que nos siguen: nos acompañan los de nuestros vecinos y nos influyen también. En tanto los cristianos se hacían persecutores, los judíos sufrían ineluctablemente la influencia de la hostilidad bajo la cual vivían; los actos de sus vecinos les seguían también. Físicamente la vida del gheto les marcaba, individual y hereditariamente. Condenados a no poder practicar sino ciertas profesiones, tomaban fatalmente los hábitos profesionales de ellas; poseyendo conjuntamente el gusto hereditario de las especulaciones intelectuales refinadas que participaban con los árabes e influyo tan vivamente en la obra científica de éstos, que adquirieron un talante de espíritu particular; no menos que su hábito físico bajo sus diversas apariencias actuales, esta presencia de espíritu no les es original y verdaderamente racial. Todo eso contribuyó a diferenciales sin poder darles una homogeneidad étnica incomparable con el hecho de su dispersión en los más diversos medios.

Entre los grupos que forman actualmente, hay poca o ninguna semejanza, y en rigor se podría hacer de ellos otras tantas razas distintas. Esto nos suministra ahora —nunca insistiré bastante al respecto— un ejemplo particular de un proceso que antiguamente fue muy general; el de la diferenciación de las razas humanas después de la dispersión de un primer grupo de la humanidad. En uno y otro caso vemos separarse un grupo inicial de cierta homogeneidad, someterse a acciones de medio diferentes, chocar con varias dificultades pero siempre importantes, plegarse a ellas o desviarlas viendo desaparecer a los más débiles o los menos osados. ¿Quién no pensaría a este último respecto en los numerosos suicidios de judíos alemanes bajo el efecto de las persecuciones actuales? La dispersión y la diferenciación de los grupos

judíos reproducen, pues, en pequeña parte, las de la humanidad entera, y, por una comparación legítima, nos informan sobre la evolución primaria de ésta.

La cita es larga, pero —me parece— concluyente. Podemos, por consiguiente, examinar rápidamente la evolución que ha sufrido el concepto de raza.

La raza

Hasta el siglo XVIII la humanidad fue considerada como repartida en tres grandes familias: las de Sem, Cam y Jafet. Las consideraciones de raza sólo se hacían entre los educadores. Bufón y Linneo fueron quienes introdujeron esas consideraciones en el lenguaje científico creando la etnografía. Linneo, emprendiendo la clasificación de los seres vivientes, se atrevió a incluir al hombre en las categorías animales. Conforme a la tradición bíblica consideró las tres grandes familias como descendientes todas de una sola pareja, o sea, formando una sola especie: la del *Homo sapiens*. Sin embargo, dividió esta especie en cuatro grupos: blancos, amarillos, negros y rojos, a los que llamó respectivamente en su repartición geográfica: *Homo europeans*, *Homo asiaticus*, *Homo afer* y *Homo aamericanus*. El texto de Linneo no permite saber si consideraba realmente esos grupos como especies diversas o como variedades de una misma especie. La primera tesis le habría sido peligrosa y quizá no se atrevió a enunciarla. Bufón abordó la cuestión con mayor franqueza, pero también se revela prudente. Para él no hay más que una sola especie humana, de colores diversos en relación con el suelo y el clima; las diferencias de esta especie corresponden a las simples variedades de los animales salvajes y a las razas de los animales domésticos.

En el siglo XIX se presentaron tres corrientes que son, en el fondo, tres fases evolutivas del problema; la primera tendiente a una clasificación etnográfica; la segunda, a una clasificación glotológica; la tercera tendiendo a una clasificación antropológica.

El antropólogo alemán Blumenbach (1840) adoptaba la clasificación de Linneo y, sucediendo a sus propias investigaciones en Oceanía, agregaba a las cuatro razas precitadas la raza malaya.

Con Cuvier la clasificación de las razas tiende a hacerse antropológica, es decir, a tener en cuenta las particularidades físicas antes que los orígenes y la posición geográfica de las razas. Cuvier distingue tres únicas razas basándose en el color de la piel y en las calidades de los cabellos; la raza blanca, la raza negra y la raza amarilla.

Seguidamente se designaron con el término razas los diversos grupos lingüísticos, y en el transcurso del siglo XIX Max Müller, Whitney, Oppert y otros autores sostuvieron que la lengua era el criterio de las razas. Aun hoy se oye hablar de raza eslava, de raza germánica, etcétera. Estas denominaciones no son conforme al punto de vista antropológico, que entiende por raza una serie de particularidades físicas transmitidas de generación en generación. La unidad lingüística de un grupo humano no implica necesariamente una homogeneidad física.¹²

El término "tipo antropológico" es más reciente que el de "raza" y ha sido introducido por Paul Broca, adquirió significado a medida que las investigaciones permitían distinguir en los grupos, todavía fijados según la pigmentación de la piel y del sistema pilífero, ciertas diferencias de estructura física: forma de la cabeza, de la cara, de los ojos, de la nariz, etcétera. El conjunto de estas

¹² Los tipos étnicos europeos "dolicocefalo rubio, alpino mediterráneo" no coinciden del todo con los tipos fundamentales de lenguas (eslava, germánica, romana). Francia tomó de los romanos el habla latina, pero no se puede hablar de raza francesa, tanto menos para expresar una raza latina. La unidad lingüística no impide a Francia la variedad étnica, en la que prevalece la impronta germánica. El mismo aspecto presenta Inglaterra propiamente dicha, en la que se han fundido los aborígenes, los germanos occidentales, los anglos, los sajones escandinavos y los franco normandos. El inglés es una lengua debida en gran parte a los conquistadores anglos, sajones. Entre las lenguas que se hablan en Europa, cinco son de origen romano (italiana, francesa, portuguesa, castellana, rumana); cinco de origen germánico (alemana, flamenco-holandesa, inglesa, sueca, dano-noruega); cinco de origen eslavo (checa, polaca, servo-croata, búlgara, rusa). Hay, además, tres lenguas fino griánicas (magiar, finesa, finica, estona y turca). Estas divisiones lingüísticas no coinciden con los caracteres étnicos.

particularidades, unido al color de la piel, de los ojos y de los cabellos, constituyen un tipo antropológico. En el artículo citado observa el profesor Rosinsky:

La aceptación de este término es puramente biológica y no podría ser confundida con la noción de nacionalidad que implica principalmente los caracteres lingüísticos y culturales.

Los tipos antropológicos de la población europea poseen centros geográficos. Sin embargo, sus límites están lejos de conformarse a las fronteras étnicas y, con mayor razón, políticas. Cada nacionalidad se compone de varios tipos antropológicos cuyas relaciones numéricas varían según la región. En Europa distinguimos cuatro tipos antropológicos primitivos y seis tipos mixtos o secundarios. Son los tipos nórdicos, laponoide, armenoide, e ibero-insular (mediterráneo). Los caracteres propios de cada uno de estos tipos se transmiten por vía hereditaria, es decir, si ambos padres pertenecen al tipo nórdico todos sus hijos pertenecerán a esa misma categoría. Se entiende por tipos secundarios los descendientes de uniones mixtas; así, si uno de los padres representa tipo nórdico, el otro laponoide, los hijos pertenecerán al tipo secundario, llamado subnórdico.

Así como cada nacionalidad presenta una diversidad de los tipos antropológicos, también se encuentran algunos de estos tipos en el seno de varias nacionalidades.

A partir de Darwin el concepto de raza humana está en estrecha conexión con el de herencia y el problema de las razas aparece como un problema biológico.

H. Günher define la raza como "un grupo humano que se distingue de otros grupos humanos por caracteres físicos y morales que le son propios y se transmiten hereditariamente".

La cuestión de la unidad de la especie está resolviéndose en un monogenismo científico que pone en pleno valor, aclarando las variaciones, el factor vida social.¹³ El profesor Schaxel, en un artículo intitulado "¿Es fundada la teoría de las razas?" (*Monde*,

¹³ En el artículo ya citado H. Neuville expone claramente la cuestión de la unidad de la especie humana: "Darwin quiso esclarecer sobre todo el examen del origen de la humanidad y la causa se planteó posteriormente sobre un terreno verdaderamente crítico y de una manera que hacía más amplio y general el desarrollo del conocimiento de las formas

París, 28 de octubre de 1933) explica claramente el estado actual del problema:

Conocemos la ley que determina la reaparición de caracteres semejantes en generaciones sucesivas. Atribuimos a la herencia el parecido de los padres, en los que los caracteres observados, considerados cuantitativa, cualitativa y cronológicamente son idénticos, en cuanto esos mismos factores hereditarios pueden ser observados en ascendientes o descendientes. Un grupo determinado heredi-

humanas. Hace unos 50 años era de tal manera que los antropólogos admitían un origen distinto para cada grupo humano confiriéndole un carácter específico propio. Habría habido varios centros de aparición del hombre, sobre cada uno de los cuales un grupo especial de primates habría engendrado un grupo especial de seres humanos o prehumanos. Naturalmente era de difícil realización el acuerdo entre las diversas concepciones así fundadas. Se admitían, por ejemplo, cinco centros de formación de especie humana; 1) un centro occidental, Atlántida, que habría provisto a los iberos y quizá a los ligures elementos importantes de la población de la cuenca mediterránea; 2) un centro africano, del que provendrían los semitas; 3) un centro himalayo, del que provendrían los mongoles; 4) un centro europeo oriente-central, del que provendrían los arios; 5) un centro escandinavo-asiático septentrional, del que provendrían los finlandeses. De tal manera que el 'género' humano habría aportado realmente, según esta hipótesis, cinco especies, de orígenes independientes; otras hipótesis presentaban de manera diferente la génesis de varias 'especies' humanas.

Actualmente esas teorías 'pologénicas' han perdido mucho terreno. Conservan, bajo diversas formas, partidarios muy convencidos en antropólogos eminentes. Pero el análisis profundo de los detalles anatómicos tiende a mostrar que existe una unidad bajo las diversas consideradas como decisivas por los poligenistas; el conocimiento cada vez más extenso de las variables anatómicas y de relaciones con el medio permite volver, bajo un aspecto y con un fondo totalmente diferentes, a la concepción 'monogenista', es decir, a la de la unidad específica de todos los humanos.

Contrariamente al monogenismo bíblico, el monogenismo científico actual admite que un grupo de primates quizá poseyendo una maleabilidad orgánica especial, quizá también colocado en condiciones cósmicas iguales, habría sufrido una evolución capaz de llevar a uno de esos estados intermedios a los monos y los hombres que se comienza a conocer muy vagamente y de manera aleatoria —es preciso confesarlo—. Toda una escuela de antropólogos especialmente versados en la zoología cree que esta evolución se hizo más bien partiendo de los insectívoros, especialmente de los 'Tupayas', especie de pequeñas ardillas insectívoras que no viven más que en el Sur de Asia: la guerra del mono podría llegar a ser así un insectívoro más común, la 'Musaraña'. Sea como sea, las actuales concepciones monogenistas admiten que una vez cumplida la evolución que conduce todo a un conjunto de seres a un estado humano o prehumano, esa humanidad primitiva se habría dispersado. La evolución de que se trata se habría desarrollado en un territorio probablemente vasto, ocupando el Norte del gran continente europeo-asiático. Divergiendo de ese centro ya muy amplio en varios sentidos, hallando condiciones tan diferentes para fijar las ideas como son las de países muy cálidos y muy húmedos o muy cálidos y muy secos, muy fríos y muy húmedos o muy fríos y muy secos, sufriendo

tariamente debe, pues, presentar ciertos caracteres bien precisos. No es posible reproducir semejantes caracteres con la precisión necesaria sino mediante una serie de experiencias estrictamente verificadas. En general, el control científico necesario no puede realizarse más que en los casos de reproducción asexual o incestuosa. En los demás casos se trata de grupos mezclados imposibles de estudiar o de tomar en consideración, tanto desde el punto de vista de la ciencia de la herencia como desde el punto de vista de la raza. Por lo demás, el mismo "producto" hereditario se desarrolla en forma completamente diferente según el medio exterior. No es

las variaciones climatológicas que con el tiempo intervienen en una misma región, como las alternativas de periodos glaciales y periodos cálidos que tuvieron lugar en la antigua Europa, los grupos humanos se diferenciaron fatalmente. Algunos desaparecieron en realidad, mientras que otros prosperaron y hubo ciertamente para ellos alternativas de fortuna y de infortunio que realizaron muy duras selecciones e influyeron, a su vez, sobre los individuos y sobre las colectividades. Algunas de éstas, llevadas por sus migraciones a terrenos provistos de límites naturales que llegaron a ser poco franqueables (pensemos en los continentes que devinieron islas), en donde la reproducción se operaba forzosamente entre sujetos de un grupo aislado de los demás y sometidos a condiciones generales de cierta fijeza, podría mantenerse sobre tales bases en un estado próximo a uno de los primeros estados. Ese es probablemente el caso de los australianos, que permanecieron tan próximos a los hombres fósiles pertenecientes al muy antiguo grupo europeo llamado Neandertal. Otras colectividades, colocadas en otras condiciones, debían diferenciarse fatalmente cada vez más. Así se explican, según los datos actuales más admisibles, las diferencias que representan ahora los diversos representantes de una humanidad que debió estar primitivamente constituida de un solo grupo.

Todos los hombres formarían, pues, una sola 'especie' zoológica, divisible en lo que los zoólogos llamarían 'variedades' o 'subespecies'. Pero como esta especie humana está sometida —mediante la civilización— a condiciones especiales que recuerdan las de los animales domésticos, el término de los criadores, 'raza', ya retenido por Darwin, es, hemos visto, innegablemente preferible.

A este respecto me veo obligado a abrir un paréntesis, que creo muy importante, en cuanto a una de las condiciones biológicas más esenciales de la formación y del sostenimiento de la humanidad. Esta condición le es especial: es la que parece haber realizado muy tempranamente, para los grupos humanos, la 'vida social'. El estado biológico del hombre debe haberla hecho inevitable desde los comienzos más antiguos de la diferenciación de las formas que dividieron a la humanidad en razas, la larga gestación, la del desarrollo del hijo, pone a la mujer en tales condiciones que fue necesario cierto grado de vida familiar permanente a nuestros muy lejanos antepasados. Las condiciones que resultaban de ello pueden ser comparadas a grandes rasgos con las de nuestros animales domésticos. Vida social y domesticación tienen puntos comunes que han sido sintetizados así: alimentación más regularmente asegurada, lugar de habitación restringido, protección más perfecta, reproducción limitada. El hombre, que posteriormente aseguró esas condiciones artificiales a algunos animales, comenzó por asegurárselas a sí mismo, salvo la última; se liberó así en forma incompleta pero creciente de ciertas leyes naturales: a la lucha individual por la existencia substituyó la asociación para la lucha".

posible ninguna comprobación sin tener en cuenta científicamente la influencia del medio.

Aplicado a la humanidad, esto no significa otra cosa que todos los grupos humanos actuales, y más notoriamente los habitantes de Europa Central, son "productos" mezclados, aunque sólo se tratara desde el punto de vista hereditario. Ahora es preciso tener en cuenta la situación geográfica y social del individuo, su medio, en el que el hombre se desarrolla de manera absolutamente independiente de sus orígenes hereditarios complejos. Los factores económicos y sociales determinan su destino.

Desde el punto de vista científico nada más cabe agregar sobre su calidad racial.

De esta rápida ojeada al estado actual de la biología de las razas me parece claro que la raza no puede aparecer más como primera causa, como origen absoluto de los caracteres físicos y psíquicos que se anotan describiendo un grupo humano, sino como el conjunto enumerativo de aquellos caracteres. La raza no aparece como expresión de una simple ley, sino como el resultado extremadamente complejo de toda una serie de influencias.

El tipo antropológico

Los antropólogos atribuyen generalmente un gran valor al índice cefálico¹⁴ y dividen las razas, según ese índice, en dolicocefalas, braquicefalas y mesaticefalas. Están muy lejos en la elaboración de los métodos antropométricos que son la base de los estudios antropológicos. Es enorme y prácticamente poco aplicable el número de medidas que deben tomarse sobre el ser viviente y sobre el esqueleto. Las medidas relativas a la cabeza se consideran de una importancia preponderante, mas hoy sabemos que tipos étnicos muy diversos presentan el mismo índice cefálico o un índice muy semejante, mientras tipos étnicos afines

¹⁴ El índice cefálico se calcula, siguiendo una fórmula trivial en osteometría, multiplicando por 100 la más pequeña de las dimensiones de la cabeza (el ancho) y dividiendo este producto por la más grande de ambas dimensiones (el largo). Con el mismo sistema se obtiene el índice nasal.

presentan índices diversos. La influencia del ambiente modifica el índice cefálico; según algunos autores la vida en las ciudades alarga el cráneo, según otros lo estrecha. El antropólogo estadounidense Boas (un hebreo alemán) tuvo la idea de observar el índice cefálico en grupos de inmigrantes y su descendencia, llegando a comprobar este hecho, muy discutido: el índice de los descendientes de inmigrantes se aleja del de los progenitores para tender hacia una medida que parecería hacerse típica en la población urbana de los Estados Unidos, tendiente a la redondez cefálica. Los italianos del Sur inmigrantes en Estados Unidos llegarían a ser braquicefalos, mientras los hebreos rusos devenirían dolicocefalos.

Los científicos estadounidenses sostienen que los anglosajones con residencia de más de dos años en América se aproximan al tipo del piel roja. En su artículo "La voluntad" (París, 12 de junio de 1933), el sociólogo francés Agustín Hamon dice:

Un gran sabio escocés, Patrick Geddes, me decía un día, hace más de 35 años que los hombres dolicocefalos de gran talla, rubios, de ojos azules, tienden a desaparecer en las Islas Británicas. Era un hecho que resultaba de numerosas comprobaciones. Y en 1914 y 1915, cuando la guerra, yo mismo lo comprobé viendo el gran número de soldados británicos pequeños, morochos y de cabeza redonda o casi redonda.

Las opiniones de los antropólogos están divididas, pero de esta misma división resulta que el índice cefálico se presenta ahora muy inconstante para proveer algo más que un simple argumento a favor de este o aquel origen étnico, argumento que debe ser corroborado con muchos otros y que, aun asociados con otros, no puede ser admitido como absolutamente probatorio.

El índice nasal, además de requerir una medición muy esmerada (dada la cortedad de las líneas un ínfimo error basta para alterar sensiblemente la exactitud de las mediciones), tiene una importancia discutible dado que como han demostrado Thomson,

Buxton y Davies, las variaciones del índice nasal son notables, pues en climas cálidos y húmedos las narices son más anchas, y más estrechas en climas fríos y secos. Debe hacerse notar que el Instituto de Antropología de la Universidad de Kiel está desarrollando una especie de censo étnico basándose en la antropometría y especialmente en los índices craneano y nasal.

Frick, entonces ministro del Interior del Reich, decía en un discurso: “El estudio de las razas deberá ser cultivado en todos los grados de la enseñanza con el fin de ejercitar el golpe de vista de los niños en la distinción de las razas”. (*Voelkischer Beobachter*, 10 de mayo de 1933). En *Michael* escribía Goebbels: “Para mí el hebreo es objeto de disgusto físico. Sólo de verlo siento náuseas”. Sería como para hacer un volumen querer citar esta fijación del tipo antropológico en Alemania, que se extiende no sólo a los caracteres morfológicos externos sino también a la constitución sanguínea. En los artículos, discursos y canciones de los hitlerianos se habla mucho de “sangre aria” o de “sangre germánica” y se están explotando las investigaciones bioantropológicas sobre diversas propiedades físico-químicas de la sangre humana, falseando descaradamente los resultados. Las observaciones en este sentido han dado resultados completamente desconcertantes en relación con la individuación racial. Los exámenes serológicos en los australianos, la menos mezclada de las razas actuales, han demostrado que hay en ellos dos muy distintas propiedades sanguíneas. En el siglo XIX en el Congreso Internacional de Medicina Legal y Social los doctores Dujarric de la Riviere y Kossovitz, basándose en los resultados de más de 400 000 análisis practicados en más de 400 poblaciones con autonomía política y social, demostraron que existe en todos los pueblos una extremada mezcla de sangre.

Queda, pues, por demostrar que las propiedades de la sangre están ligadas al origen racial más que a las condiciones generales biológicas y a las constituciones particulares de cada uno.

Aun es invocado el olor humano como factor del tipo antropológico, pero este factor tiene también muy poca importancia en las individuaciones raciales. Una de las secciones del Instituto Alemán de Estudios sobre las Razas está ocupándose tan activa como tendenciosamente del aspecto olfativo de las razas y se han publicado memorias muy eruditas sobre este argumento, obra de tres teóricos del racismo: Günther, Fischberg y Genning. Günther atribuye el olor específico de cada raza en parte a la herencia, y de otra parte al ambiente, pero no llega a las extravagancias de Fischberg, quien sostiene que los hebreos despiden un olor más agudo y más desagradable que el de los negros, y que si los arios pueden soportar la vecindad de los semitas es porque éstos neutralizan el olor de su piel con todo género de perfumes y cosméticos. Genning, como Herr Ellis, llega a desaconsejar el matrimonio entre arios y hebreos y viceversa, debido al insoportable olor semita que impide la armonía conyugal.

Lo gracioso es que un especialista en estos estudios, el japonés Adaki, asegura que sus connacionales se sienten excesivamente molestos por el olor de los blancos, que para el olfato de los japoneses, aun de los especialistas en materia de olores raciales, hieden todos igual; ya sean italianos o escandinavos, hebreos o alemanes dolicocefalos y rubios.

Nación, raza y clase

Si Günther, el papá racista del tercer Reich, reconoce que “los pueblos representan mezclas de razas y no de las razas”, afirma que lo que distingue a un pueblo de otro es “el grado de mezcla de las razas”. Según Günther el pueblo alemán está compuesto de siete razas “arias”. Las cualidades psíquicas de las razas serían hereditarias y determinadas de tal manera que hacen de un hombre un genio o un criminal.

Günther ha atribuido las mejores cualidades al hombre nórdico, que constituiría del 6 al 8% del pueblo alemán, presentando

a las demás razas como inferiores o mediocres.¹⁵ Este “nordismo” de Günther ha creado una oposición que ha tomado la defensa de las otras seis “almas raciales arias”. Rosenberg, uno de los teóricos del hitlerismo, responde a esos opositores: “A esas pruebas de trompetería típicamente talmudistas debe contestarse que si la ciencia racial comprueba cerca de cinco razas en Europa, cada una con su carácter, temperamento y estado de espíritu aparte, queda fuera de duda que la nacionalidad alemana no representa igual mezcla, sino que su origen es germánico (nórdico) en un 80 por ciento”.

Como se ve Rosenberg se aproxima al antropólogo Saller, quien ha creado la noción de “raza germánica”, que se caracteriza por el cráneo redondo.

Por un lado, el hitlerismo tiende a afirmar la unidad racial del pueblo germánico; por el otro, tiende a reconocer en la raza nórdica el predominio en la mezcla de razas.

Por una parte, se tiende a negar las clases para afirmar la unidad nacional y de raza; por otra, se asigna a la raza superior una supremacía de casta. Hitler dijo en un discurso: “Aquí, en Alemania, donde cada alemán tiene la misma sangre, los mismos ojos y habla el mismo idioma, no puede haber clases; sólo hay un pueblo y nada más”. En otro discurso aseguraba: “El nacional-socialismo reconoce la existencia de las diferentes substancias raciales en nuestro pueblo. Lejos de rechazar esa mezcla que constituye el conjunto de la expresión de vida de nuestro pueblo, desea ser conducido políticamente por esta raza cuyo sólo heroísmo, gracias a su genio interior, ha creado el pueblo alemán de un conglomerado de partes diferentes”.

¹⁵ Las cualidades psíquicas de las razas germánicas serían, según Günther, las siguientes:

- a) el hombre nórdico es “intrépido, noble, heroico”;
- b) el hombre occidental (mediterráneo) es “cruel, calculador, astuto”;
- c) el hombre dinárico es “audaz, pero sin deseo de hacer conquistas”;
- d) el hombre oriental (alpostre) es “meditativo, estrecho, adquisidor”;
- e) el hombre báltico es “trapacero, vindicativo, servil”;
- f) el hombre fálico es de una “firmeza pertinaz, es sincero e inspira confianza”;
- g) el hombre de los sudetes no está definido psicológicamente.

La “comunidad nacional” alemana resultaría, pues, de seis razas, de las que una sola sería creadora. La “raza germánica” de Saller sirve para dar una base biológica a la “comunidad nacional”, mas no sirve para justificar el privilegio burgués y la dictadura hitleriana. El tercer Reich se ha apoyado, por consiguiente, en la teoría de Günther:

Uno se verá precisado a suponer que en el seno de cada pueblo o tribu de todos los continentes las capas dirigentes tienen diferente composición racial que las capas dirigidas. En ciertos casos las capas dirigentes y dirigidas se presentan como dos grupos de sangre de la misma raza pero de diferente cantidad. En cuanto a los pueblos occidentales, se encuentra en las capas superiores una cantidad más elevada de sangre nórdica, fálica y dinárica; al contrario, en las capas inferiores se halla más sangre oriental y esbáltica.

La clase dominante social y políticamente sería la raza superior. La elevación del proletariado traería a la superficie los estratos inferiores.

El privilegio de clase ha sido transformado en privilegio de raza, haciendo estragos no sólo de la antropología sino del más común buen sentido.

El pleno delirio

He aquí un manojo de noticias alemanas que dan idea del grado de locura del racismo hitleriano:

“El ministro de Correos, Telégrafos y Teléfonos del Reich ha informado al público que en lo sucesivo deberá emplear los siguientes nombres cuando desee deletrear un nombre por teléfono: Dora en lugar de David, para la d; Juliáno en lugar de Jacobo, para la j; Sigfrido en lugar de Samuel, para la s; Zeppelin en lugar de Zacarías, para la z”.

El filme *Tifon*, con base en la pieza del autor húngaro Lendengyel, fue prohibido en Alemania. La comisión de control justifica su acto haciendo notar que en el filme es un japonés el que se conduce de manera ejemplar. Los blancos se conducen todos

muy mal. “El japonés, con quien traba conocimiento la heroína es un caballero inobjetable. Por otra parte, el filme muestra franceses y de ningún modo trata de alemanes [...] En resumen, se considera esta obra como una ofensa, por omisión, a la raza aria cuya superioridad ni siquiera ha sido indicada”.

“Para probar el alto grado de cultura de los antiguos germanos, conforme a las instrucciones oficiales, un profesor de la Universidad de Goettingue tuvo recientemente la idea de presentar a su mujer en una gran reunión mundana, tocada con vestido de noche copiado exactamente de los vestidos en boga entre los germanos hace alrededor de dos mil años”.

“La asociación de ciegos de Alemania acaba de decidir inscribir en sus estatutos un párrafo anunciando la exclusión de los ciegos judíos”.

Noticias de este género se podrían reunir en cantidad. Igualmente fácil sería compilar una antología de la locura hitleriana. He aquí cómo Alfred Rosenberg, en su libro *El mito del siglo xx*, trata el problema de las razas (pp. 128, 505, 584):

Si las mujeres de las naciones europeas continúan dando a la vida bastardos de negros y judíos, si la ola cenagosa del “arte negro” continúa rompiendo en Europa sin encontrar más obstáculos que hoy, si la literatura judía de burdel continúa penetrando en los hogares y si los sirios de la Kurfürstendamm continúan siendo considerados hermanos de raza (*Volksgenosse*) y hombres que pueden ser desposados, se llegará a una situación tal que Alemania y Europa entera en sus centros espirituales estarán pobladas únicamente por bastardos [...] Si una alemana se enlaza por su propia voluntad con negros, amarillos, mestizos y judíos, se coloca fuera de toda protección legal y sus hijos, legítimos o ilegítimos, no podrán obtener los derechos de ciudadanos alemanes. La violación cometida por un individuo de raza diferente será castigada con el azote, los trabajos forzados, la confiscación de los bienes y expulsión perpetua del Reich alemán.

El bolchevismo significa la rebelión del tipo mongol contra las formas culturales nórdicas. Expresa el odio de los nómadas contra los individuos estables.

El profesor Ernst Bergmann (Erkenntnisgeist und Muttergeist) propone campos de producción de la raza nórdica. “Para la fecundación de mujeres y doncellas hay bastantes hombres y jóvenes de buena voluntad y trabajadores, y felizmente basta con un varón vigoroso para diez a veinte mujeres que no hayan ahogado aun en ellas la voluntad de tener hijos, si sólo se pudiera aniquilar la locura cultural y contra-natural de la monogamia eterna” (Cit. por *Le livre brun* ed. francesa, pp. 202-203).

El teórico nacional-socialista Gorsleben, en su libro *El apogeo de la humanidad* propugna la “procreación a distancia”:

La vida de una mujer es en gran parte determinada por el hombre al que se ha dado virgen; los hijos que esta mujer dé al mundo estarán más o menos influenciados por ese primer hombre. La ciencia llama a ese fenómeno la procreación a distancia [...] Establecido esto, se ve que la vieja costumbre del derecho de pernada, es decir, la desfloración de la virgen por un señor o un sacerdote, tenía por objeto el mejoramiento de la raza. A ese derecho debemos la existencia de una humanidad racial y espiritualmente muy elevada en ciertas regiones (Cit. *Arbeiter Zeitung*, Viena, 16 de enero de 1934).

Darré, ministro de Agricultura del Reich, ha escrito un libro erudito para demostrar que “el cerdo sirve de *criterium* para distinguir los pueblos nórdicos de los semitas”. La conclusión es ésta:

De una parte los semitas rechazan todo cuanto concierne al cerdo, pero contrario, los pueblos nórdicos otorgan al cerdo los más grandes honores. El cerdo es el animal sagrado del culto solar nórdico.

En el culto de los germanos el cerdo ocupa el primer puesto y es el primero entre los animales domésticos.

Así, de las tinieblas de la historia surgen dos razas humanas, cuya actitud respecto de los cerdos presenta un contraste absoluto.

Y para terminar, he aquí un extracto de *Auch Dumusst mit*, novela a la moda que constituye un típico espécimen de la literatura nazi:

Ella se inclinó más sobre él. Se abrazaron, Gerda no le soltó más y le rodeó, cual una serpiente... Horst estaba enloquecido. La luna brillaba sobre el cuerpo de Gerda. Cuando él volvió en sí Gerda yacía agotada sobre el diván, y Horst mismo no sabía cómo había ocurrido todo... Se sentía extraño a sí mismo. ¿Qué había hecho del otro Horst? ¿Dónde estaban sus buenas intenciones?... Él toleró su abrazo, bostezó y tomó el camino de regreso... (p. 105).

¿Qué, exclamó Horst consternado, qué, Gerda una comunista? No me digas más; voy a cortar hoy mismo. Muchas cosas se aclaran en mí; mi instinto no me engañaba; hay en ella algo de abyecto... (p. 125).

El examen del delirio racista en el campo cultural alemán sería materia de un libro. Aquí bastará recordar algunos puntos programáticos de la proclama "Contra el espíritu no-alemán", lanzada el 13 de abril de 1933 por la Asociación de Estudiantes Alemanes:

- Los judíos y sus secuaces son nuestros adversarios más peligrosos.
- El judío no puede pensar sino en judío. Si escribe en nuestro idioma, miente.
- Respetamos al judío como extranjero y juzgamos seriamente su carácter racial. También exigimos la censura de las obras judías que aparecen en hebreo. Si aparecen en alemán deberá mencionarse que se trata de una traducción. Convendrá reprimir rigurosamente el uso ilícito de la escritura "gótica" que únicamente los alemanes estarán autorizados a emplear.

Filósofos, físicos, fisiólogos, literatos, músicos, etcétera, han debido dejar Alemania sólo por "no-arios". El éxodo cultural está personificado en Einstein e Hirschfeld, el literario en Toller y Plivier, el musical en Walter y Reinharth y las muertes del filósofo Lessing y del poeta Müsham demuestran que el tercer Reich es una segunda Edad Media.

Al célebre director de orquesta "ario" Furtwaengler, que escribía: "No conozco más que una frontera: la que separa el buen arte del malo", Goebbels le respondía: "No conozco la existencia de su única frontera. El arte no debe solamente ser bueno; tam-

bién debe ser nacional y combativo" (*Frankfurter Zeitung*, 11 de abril de 1933).

Este monstrillo declaraba en una entrevista con el *Sunday Referee* (30 de julio de 1933): "Durante 14 años nuestro grito de guerra ha sido ¡Muera Judas! ¡Que la judería perezca, pues, de una vez!

La música de jazz ha sido prohibida por Goebbels como música negra, pero ha declarado "ario" al saxofón, porque fue "inventado por el alemán Adolfo Sax" y porque sirve en las músicas militares.

Toda Alemania está delirando. El papa Pío XI es presentado como "hijo ilegítimo de una judía neerlandesa de nombre Leitman", o sea como "un vulgar judío",¹⁶ el presidente del Consejo del Estado de Sievig ordena suprimir la leyenda del sacrificio de Isaac,¹⁷ a los hebreos alemanes se les prohíbe el acceso a las playas y a los baños públicos¹⁸ y son condenadas las relaciones sexuales entre arios y hebreos. Este último aspecto del delirio racista merece un examen particular.

El matrimonio racista

Hitler declaró en un discurso: "El tercer Reich no se basa en el principio de la monogamia. El adulterio no es considerado como un crimen sino cuando es susceptible de afectar la pureza de la

¹⁶ Artículo publicado por "Wartburg, Das Voelkische Wochenblatt Norddeutschlands", hebdomadario del partido nacional-socialista de Alemania del Norte.

¹⁷ He aquí la verdad del presidente del Consejo de Slesvig, publicada en el *Frankfurter Zeitung*: "Los inspectores y examinadores han comprobado nuevamente que en la enseñanza religiosa, tal como es practicada en el Estado de Slesvig, se enseña siempre la leyenda del sacrificio de Isaac. Anticipándome a las modificaciones que el ministro de Instrucción cuenta aportar dentro de poco al programa de enseñanza concerniente al Antiguo Testamento, ordeno desde ahora la radiación del programa escolar de la leyenda arriba mencionada, ya que la concepción de Dios que refleja no corresponde al espíritu alemán".

¹⁸ La ciudad de Spira, en el Palatinado, estableció un horario especial para el acceso de los hebreos a los baños termales. El Consejo Municipal de Tubinger (15 de mayo de 1933) prohibió a los hebreos "o los de raza ajena" la entrada a los baños comunales. El 22 de agosto de 1933 una ordenanza del presidente de policía de Prusia prohibía a los hebreos el acceso a la playa de Wannsee.

raza, es decir, si una mujer o un hombre alemanes tienen relaciones sexuales con negros, amarillos, judíos, etcétera”.

En agosto de 1933 el *Berliner Tageblatt* publicaba la siguiente noticia:

El pastor Munchneyer declaró en Núremberg que ninguno de los partidos políticos alemanes, desde los comunistas hasta los *deutschnationales*, estaba imbuido del sentimiento del honor alemán, pues todos permitían a los judíos representar en su seno un papel preponderante. Sólo el movimiento nacional-socialista reclama, en nombre del honor alemán, la liberación del país de las cadenas del judaísmo. Todo judío que seduzca a una mujer alemana merece la pena de muerte.

En ese mismo mes el nazi Julius Streicher, en un artículo aparecido en *Der Sturmer*, de Núremberg, ponía en la picota a las muchachas alemanas culpables de amar a hebreos.¹⁹

En agosto de 1933 una correspondencia del *Times* señalaba este innoble episodio:

El hijo y la hija del embajador de los Estados Unidos en Berlín se hallaban entre los extranjeros radicados en Núremberg cuando el domingo 13 vieron a una joven conducida a través de las calles, con la cabeza afeitada, llevando un cartel atado a sus hombros, en el que se leía: Me he ofrecido a un judío.

¹⁹ Léase un pasaje del artículo: “El judío Ernest Arnstein, propietario de la casa Wellhofer y Cia, de Zirndorf, posee en la calle Adler N° 31 un departamento feudalmente instalado. Recibe mujeres alemanas, que enseguida tienen el atrevimiento de pasear de su brazo por las calles de la ciudad. Una de esas alemanas desvergonzadas que todavía considera un honor tener por amigo a un semita se llama Inge Maner y se domicilia en el N° 33 de la Augustinerstrass. No contenta de ofrecer el innoble espectáculo de una aria sometida al buen deseo de un judío, tiene la osadía de aparecer en compañía de su amigo en los establecimientos públicos de Núremberg.

La mujer llamada Anna Brehm, de 19 años, y domiciliada en el N° 73 Karlstrasse, en Goppingen, tiene por amigo al judío Breyer. Es evidente que las efusiones de ese semita no bastaban para saciar a nuestra joven Anna, pues emitió necesario otorgarse un amigo más aún, igualmente judío, llamado Guggenheim. Todas las noches se puede ver a nuestra pequeña desvergonzada frecuentando los rincones sobrios bajo las puertas cocheras en compañía de uno de sus judíos. Que preste atención; si tiene la mala suerte de ser atrapada una de estas noches con los semitas en cuestión”.

Muchos otros extranjeros fueron testigos oculares de ese espectáculo. Y se hizo ostentación de esta mujer de tal manera que toda la ciudad pudo contemplar la escena.

La mujer era pequeña, frágil, visiblemente bella. Fue llevada de uno a otro de los hoteles internacionales, también cerca de la estación, en donde la multitud detuvo el tráfico, así como de cabaret en cabaret. Tenía una escolta de hombres de las tropas de asalto; y la seguía una multitud apreciada en 2 000 hombres.

A menudo tropezaba, pero los vigorosos camisas pardas que la acompañaban la volvían a poner en pie y la sostenían para que los espectadores más alejados pudieran verla. Es cuando de la multitud partían gritos y burlas...

En septiembre del mismo año una correspondencia berlinesa comunicaba los hechos siguientes:

Por haber tenido relaciones con una joven cristiana, un judío de Cassel, hijo de un director de usina, ha sido paseado por la milicia hitleriana por las calles de la ciudad con la joven y la madre de ésta.

La Hessische Volkswacht dice que esta humillación pública se decidió porque la joven consideraba que el gobierno no podía prohibirle amar a ese joven. La madre ha sido castigada por haber tolerado esas acciones.

Además, el Oberhessische Zeitung señala que por motivo análogo una joven cristiana fue paseada por las calles de Marbourg.

En fin, en Worms un comunicado de la policía local relata que un israelita fue internado por haber intentado frecuentar a una cristiana.

En noviembre los diarios publicaron esta noticia:

El prefecto de policía de Harbur-Wilhelmsburg ha comunicado una nota haciendo saber que un empleado de comercio no-ario y una vendedora cristiana, “raza pura”, han sido entregados a la policía por los miembros de las secciones de asalto. Los milicianos llegaron a establecer, no sin dificultad, las “relaciones culpables” que sostenían esos representantes de dos razas diferentes. Los delincuentes, por otra parte, han “confesado su vergüenza”.

El prefecto de policía informa “a todos los interesados que será castigado con el máximo rigor todo atentado a la pureza de la raza, aun antes de la promulgación de la ley prevista”.

Manifiestos profusamente distribuidos amenazan con desfigurarse a las jóvenes alemanas que tengan relaciones con hebreos.²⁰

Un proyecto de ley del profesor Stammler “para la conservación de la pureza de la raza” propone:

1. Están prohibidos los casamientos entre las razas alemanas y extranjeras. Los que existen conservan su validez; no pueden ser llevados a término nuevos casamientos y no son reconocidos.
2. Las relaciones sexuales extramaritales entre alemanes y extranjeros de raza son susceptibles de penas de correccional para la parte extranjera y de prisión para la parte alemana. Las prostitutas no se hallan consideradas en esta ley.
3. La entrada al país para los extraños a la raza no se autoriza sino en casos especiales. Está prohibida la inmigración.
4. Los cambios de nombre que en general no tienen otro objeto que disimular el origen racial están prohibidos hasta nueva orden. Quedan anulados los obtenidos desde 1914.

El documento más importante en la materia es el *Derecho Penal Racista* de Hans Kerre; ministro de Justicia de Prusia (1933). Esta obra representa un proyecto de código penal y está precedida de una memoria explicativa. La segunda parte del proyecto se titula: *Defensa de la raza y del Pueblo* y comienza con un capítulo (sobre los “ataques contra la raza”) que contempla dos nuevos delitos: *Traición a la raza y Ofensa al honor de la raza*:

Toda relación sexual entre una persona alemana y una persona de raza extranjera serán consideradas como traición hacia la raza y ambos culpables serán castigados. Aun cuando se tomen medidas de precaución en esas relaciones, no por ello dejarán de ser

²⁰ *El Libro Pardo* afirma: “Poseemos un documento, una pequeña hoja de papel distribuida en los lugares públicos y que ha sido deslizada en la mano de todas las jóvenes alemanas que fueron vistas en compañía de un judío. En ese documento la joven sobre la que pesa la grave sospecha de hallarse en términos amistosos con un judío es amenazada con ser marcada en la cara con 2 letras J.H. (*Juden hure* – ramera para judío). Se afirma en ella que esa amenaza no es una palabra al aire sino de cualquier forma se pondrá en ejecución si la joven es vista una vez más con un judío”.

consideradas como relaciones sexuales que caen bajo el rigor de la presente ley. El hecho de disimular intencionalmente su raza, ya sea en las relaciones sexuales fuera del matrimonio o en el matrimonio, será considerado como circunstancia agravante.

Desde el punto de vista del derecho civil, los matrimonios entre personas de distinta raza serán declarados nulos.

El que facilite²¹ las relaciones sexuales entre una persona de raza alemana y una persona de raza ajena²², contribuyendo así a la decadencia y desmoralización del pueblo alemán, se hará culpable de traición para con la raza. Esta traición tendrá también lugar aun cuando se hayan tomado medidas contra la concepción.

La ofensa al honor de la raza es punible por el artículo que dice: “Un alemán que ofende los sentimientos alemanes por relaciones establecidas con personas pertenecientes a las razas de color, se hace culpable de ofensa al honor alemán”.

La memoria aclara que este artículo no se refiere a las relaciones sexuales, aunque sí a la conducta en público con una persona de color. Por ejemplo, “el baile indecente con un negro en un local público”.

He aquí el decálogo del matrimonio alemán formulado por el doctor Heinsius, de Berlín, en colaboración con el ministro del Interior del Reich, la oficina de higiene popular y la oficina racista del partido nacional-socialista:

1. Piensa que eres alemán.
2. Debes casarte si eres de herencia sana.
3. Conserva sano tu cuerpo.
4. Mantén sanos tu espíritu y tu alma.
5. Como alemán no escojas por cónyuge sino una persona alemana o de sangre nórdica.
6. Cuando escojas tu marido infórmate sobre sus antepasados.

²¹ Resulta del texto de la ley que la tentativa de establecer esas relaciones sexuales es punible tal como las mismas relaciones.

²² La memoria explicativa indica que esta ley concierne a los judíos y la gente de color. La ley actual considera judíos a todos aquellos que tienen un judío en su ascendencia hasta la tercera generación. Al contrario, existe una orden administrativa según la cual los japoneses no deben ser tratados como gente de color, sino que son asimilados a los arios.

7. La salud es también una condición de la belleza exterior.
8. No te cases sino por amor.
9. No elijas un camarada de juego, pero mira en tu cónyuge un compañero en el matrimonio.
10. El verdadero sentido del casamiento es una posteridad sana. La conservación queda asegurada a partir del tercero o cuarto hijo.

El octavo mandamiento es el más difícil de respetar siguiendo las recomendaciones matrimoniales en boga de la prensa alemana. En un artículo de la revista hebdomadaria berlinesa *Das Wissen der Nation* (6 de agosto de 1933) se recomienda a cada ciudadano de raza pura “desposar una aria rubia, de ojos azules, cara ovalada y piel blanca, y no unirse a una joven morocha de raza mediterránea, de tronco largo, piernas cortas, cabello negro y labios carnosos”.

El ario consciente y consecuente no se casará con una mujer mediterránea y tampoco desposará a una joven que haya frecuentado mucho las fiestas o el teatro, que haya hecho deporte o ejerza una profesión liberal. “No se casará sino con una joven trabajadora, buena ama de casa y que ame los niños”.

La esposa ideal, pues, debe ser aria, nórdica, casera, dispuesta a tener muchos hijos, no debe tener hebreos entre sus antepasados y debe ser sana. El amor antropológico-eugénico-hitleriano-racista ya no es más el Cupido vendado sino un mago anteojudo armado de instrumentos antropométricos, de leyes racistas, de decálogos matrimoniales y de árboles genealógicos.

La esterilización hitleriana

La esterilización hitleriana se justifica con criterios eugénicos, médicos nacional-socialistas la consideran aún como un sistema ligado a la pureza de las razas. El doctor Vellut escribe en una importante revista médica (*Aerzliche Mitteilungen*, Leipzig, 20

de mayo de 1933) exaltando la esterilización: “La infiltración de la sangre extranjera en el organismo de nuestro pueblo debe ser impedida. Los judíos, mongoles y otros podrán, por consiguiente, ser esterilizados legalmente con su consentimiento, ya sean individuos sanos o enfermos”. Se podría, propone el doctor, “facilitar a los individuos de raza ajena la decisión de dejarse esterilizar mediante una prima no muy baja”.

¿Qué garantías puede dar la Alemania hitleriana sobre la libertad de esterilización? Hebreos excluidos de los oficios y de las oficinas, amenazados, en una atmósfera pogromista, podrían aceptar la esterilización, por hambre, como única tabla de salvación. ¿Cuántas y qué presiones pueden realizarse en un país como la Alemania de hoy? El jefe de policía de Frankfurt-Mein, Von Westrer, dijo en el transcurso de una manifestación hitleriana de marzo de 1933: “Alemania ha despertado. No tembléis, judíos, seguiremos en la legalidad, pero seremos legales a tal punto que esta legalidad llegará a ser molesta para vosotros. Entonces podréis volver a Palestina y desollaros recíprocamente allá”.

La persecución legal contra los hebreos es de una brutalidad tal que el doctor Toulouse, partidario entusiasta de la esterilización hasta escribía en el cotidiano parisien *L'Oeuvre* del 28 de julio de 1933: “No discutiré aquí el uso que pudiera hacer Hitler de su decreto, que tiene por mira notoria perfeccionar la raza alemana. No es que el designio sea irrazonable; es menester que no sirva con fines políticos indefendibles”.

La esterilización hitleriana ha sido aplicada ya por razones políticas y llegará a los más fantásticos absurdos. Para justificar el traspaso de la esterilización de lo eugénico a lo racista se están resumiendo viejas teorías sobre la patología hebraica, de las que la crítica médica ha hecho justicia.²³

²³ Sobre la cuestión de la “patología hebraica” existe una extensa literatura. Me limito a indicar algunos estudios: Blanchard, “Bulletin de la Société d'anthropologie”, 6 de noviembre de 1884; M.G. Lagneau, “Bulletin de l'Académie de Médecine”, 8 de septiembre de 1891; C. Lombroso, “L'Antisemitismo e le scienze moderne”, Turín-Roma, 1984; “La pathologie des Juifs”, París, 1930.

Conclusiones

El problema tratado aquí en modo muy sumario es vasto y complejo, y no he podido proponerme más que reclamar la atención de la juventud estudiosa sobre el problema de las razas. Parecería que ahora se hubiera superado el prejuicio de raza en las clases cultas de las naciones más progresivas. Contrariamente, persiste. En Austria, en octubre de 1933, un divorcio entre un ario y una hebrea se pronunció con una sentencia en la que entre lo visto figura la incompatibilidad de caracteres derivada de la diferencia de raza de ambos conyuges, diferencia que debe “en una simbiosis tan íntima como el matrimonio, provocar infaliblemente profundos conflictos”. En Letonia el partido nacional-socialista propugna la interdicción de los matrimonios entre hebreos y no-hebreos. En Francia se ha constituido una *Liga céltica* netamente racista y antisemita. En Estados Unidos de América hay leyes que prohíben el matrimonio entre negros y blancas, universidades que permanecen cerradas a los estudiantes negros, antropólogos que hablan de raza americana (¡y no hablemos de los linchamientos!). Y entre los títulos que prevalecen en la prensa nacionalista italiana se hallan estos: la raza, la estirpe, el grito de la estirpe, etcétera.

Se me dice que Rudolf Rocker ha publicado una interesante y valiosa obra sobre la cuestión de las razas. Espero que sea traducida en todos los idiomas principales, dado que la cuestión de razas está destinada a presentarse en cada crisis profunda en que caiga una nación. Como no soy un especialista de la materia, no he podido más que ofrecer una introducción vulgarizadora al estudio de la misma.

París, noviembre de 1934

El delirio racista

Se terminó de imprimir en febrero, 2010,
en los talleres de Servicios Gráficos de Morelos, S.A. de C.V.
Tulipán Holandés No. 206, Col. Tulipanes,
C.P. 62388, Cuernavaca, Morelos, México
La edición consta de 1000 ejemplares
más sobrantes para reposición.

ISBN 607477028-5



Como libre pensador y vehemente defensor de la dignidad humana, Camilo Berneri se opuso a los dictadores fascistas, al nazismo, al racismo y a la política xenófoba reinante en Europa y en el escenario político mundial de la primera mitad del siglo XX. Por tal motivo, El delirio racista muestra la demencia y la capacidad destructiva a la que pueden llegar una nación, un pueblo o un individuo, cuando han sido cegados por el anhelo de la superioridad, cuando se ven a sí mismos como si fueran dios. Cuando se establece la identidad plena entre la raza y el individuo, entre la nación y el individuo, pues si eso ocurre el uno se convierte en la otra y viceversa; en consecuencia, la raza y la nación, es decir el individuo, deviene superhombre: omnipotente, omnipresente, condenado a reinar en el orbe todo.

CUADERNOS *política y cultura*

CUADERNOS *política y cultura*

Camilo Berneri

EL DELIRIO
RACISTA

Prólogo
María Teresa
Farfán Cabrera



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO
División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Política y Cultura